

HOMBRES EN EL SOL

GASAN KANAFANI

PROLOGO

Gassan Kanafani nació en Akka (San Juan de Acre), Palestina, el 9 de abril de 1936, en el seno de una familia de la clase media. Su padre era abogado. Más adelante, siendo el aún muy niño, la familia se trasladó a vivir a Jaifa, desde donde, como miles de palestinos, tuvo que emprender el camino del exilio a raíz del desastre de 1948 y la consiguiente represión sionista.

Después de permanecer por breve tiempo en el sur del Líbano, la familia se trasladó a Damasco, Siria, en donde, para ganarse el pan, tuvo que lanzarse desde muy joven al mercado del trabajo. Fue maestro de escuela y también profesor de artes en las escuelas de la UNWRA¹. Alternando el trabajo con los estudios, consiguió, llegada la edad, ingresar en la Universidad de Damasco, donde cursó estudios de literatura durante tres años.

Gassan Kanafani inició su actividad militante desde muy joven, a los 15 años de edad. En 1953, cuando tenía 17 años, se afilió al Movimiento de los Nacionalistas Árabes, organización surgida en el decenio de 1950 como reacción a la derrota de la dirección feudal – burguesa árabe en Palestina frente a la ofensiva imperialista del sionismo. Pese a su composición social heterogénea – como la de todo movimiento nacionalista –, muchos de sus militantes evolucionaron rápidamente hacia posiciones radicales. En el Congreso de 1962, se asiste ya a una ruptura entre las tendencias radicales pequeño burguesas y las tendencias nacionalistas tradicionales de la gran burguesía reaccionaria y de la burguesía media. La derrota de 1967 contribuyó de nuevo a escindir el movimiento. La mayoría de los militantes tomaron conciencia del fracaso de las direcciones pequeño burguesa del Cercano Oriente y la sección jordano – palestino del movimiento funda el Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP), de tendencia socialista – marxista y cuyo máximo dirigente es George Habache. El FPLP es, como se sabe, uno de los componentes de la OLP.

Expulsado de la Universidad de Damasco por sus actividades políticas, Kanafani emigró en 1956 a Kuwait en donde trabajó como profesor de dibujo de las escuelas del Estado. Al mismo tiempo, ejerció la labor de periodista e inició la actividad literaria, íntimamente ligada a su actividad política.

En 1960, se trasladó a Beirut en donde trabajó como redactor literario del semanario Al-Horriya, órgano de la izquierda libanesa. En 1963, pasó a ser redactor jefe del diario Al-Muharrir, al tiempo que colaboraba en Al-Anwar y en

¹ UNRWA (United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East), en español, Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente.

Al-Hawadiz hasta 1969, fecha en que fundó el semanario Al-Hadaf, portavoz del Frente popular de Liberación de Palestina, y del que fue redactor jefe hasta su asesinato por los servicios secretos israelíes el 8 de julio de 1972, a los 36 años de edad.

A pesar de haber muerto tan joven, Gassan Kanafani fue un autor prolífico. En un periódico que no abarca más de dieciséis años, escribió cincuenta y siete relatos breves, publicados principalmente en colecciones, y que llevan los títulos siguientes: Muerte en la cama Nº 12 (1961), La tierra de las naranjas tristes (1962), Un mundo que no es nuestro (1965), Hombres y fusiles (1968); cuatro novelas completas: Hombres en el sol (1963), Lo que os queda (1966), Um Sa'ad (1969), De vuelta en Haifa (1969), y tres inacabadas; tres obras de teatro; ensayos literarios: La literatura de la resistencia en la Palestina ocupada (1966), La literatura sionista (1967), La literatura palestina de resistencia bajo la ocupación (1968); ensayos políticos: La resistencia y sus dificultades (1970), e históricos: La revolución de 1936 – 1939 en Palestina (1972). A ello hay que añadir su intensa labor como periodista – infinidad de artículos dispersos en distintos diarios y revistas sobre diversos temas más literarios, históricos, políticos – y su labor de traductor – tradujo del inglés al árabe la obra de Tennessee Williams Humo y verano.

Gassan Kanafani dejó además otras novelas y ensayos políticos, literarios e históricos publicados por partes en semanarios, pero todavía inéditos en forma de libros.

En 1966, recibió el Premio Amigos del Libro de Líbano a la mejor novela por su obra Lo que os queda y después de muerto, a título póstumo, recibió en 1974 el Premio de la Organización Mundial de Periodistas y en 1975 el Premio Lotus de la Unión de Escritores Afroasiáticos.

Gassan Kanafani, es considerado hoy, junto con Emile Habibi (quien vive en el Estado de Israel), uno de los representantes más destacados de la literatura árabe en general y de la palestina en particular. Gassan Kanafani representa la novela palestina del exilio, como Emile Habibi la del interior. Aunque desaparecido prematuramente, su obra ocupa un lugar importante dentro de la novela árabe contemporáneo.

El interés de las tres novelas que figuran en este volumen y que, por primera vez, se dan a conocer hoy al lector de lengua española, es que representan tres etapas en la producción literaria del autor, que son reflejo, a su vez, de tres etapas en la toma de conciencia del pueblo palestino.

En Hombres en el sol hay una evasión, una huida, de la amarga y cruda realidad. La búsqueda de una solución individual lleva a la muerte que es aquí una prolongación de la derrota, una muerte aceptada pasivamente, con resignación, sin lucha.

En Lo que os queda se vislumbra ya el esbozo de una toma de conciencia.

La búsqueda de una solución, aunque siga siendo de forma individual, representa ya un intento de liberación. No hay resignación ante la muerte, sino que se lucha y hasta se mata, aunque haya que morir después, justamente para seguir viviendo.

Um Sa'ad representa la etapa superior de la toma de conciencia, la solución colectiva que se traduce en la lucha armada.

Hombres en el Sol (1963)

Cuando en 1963 apareció en Beirut *Hombres en el sol*, era la primera vez que la obra de un novelista palestino planeaba como una cuestión histórica, los temas del éxodo, la muerte y el estupor producidos por la derrota.

Esta novela cuenta la historia de tres palestinos pertenecientes a tres generaciones, que coinciden en cuanto a la necesidad de encontrar una solución individual al problema existencial del hombre palestino y huyen a Kuwait, país donde existen petróleo y riquezas.

Una vez en Basora, Irak, a donde cada uno había conseguido llegar por sus propios medios, deciden viajar juntos los tres a Kuwait en la cisterna de un camión que conduce Abuljaizarán, compatriota suyo establecido en Kuwait desde hacia años y chofer de un rico señor kuwaití, quien, para ganar algún dinero extra, se dedica a pasar en su camión a emigrantes clandestinos y cobra por ello una suma inferior a la que piden los “pasadores” profesionales. En el puesto fronterizo de Mitla, del lado kuwaití, los tres palestinos se asfixian en la cisterna del camión porque el conductor, Abuljaizarán, se retrasa con los aduaneros. Los tres mueren callados, sin golpear las paredes de la cisterna y ni siguiera gritar para pedir socorro.

Abu Kais, el más anciano, representa la generación derrotada, vencida, que tuvo que abandonar la tierra y vivir la miseria de los campos de refugiados. Si en 1948 era ya un hombre de mediana edad, diez años más tarde es un anciano que, abrumado por los sufrimientos y las penalidades, se resigna a su suerte sin vislumbrar, en el agujero negro en que está hundido, ninguna luz de esperanza. Otros más jóvenes que él tratan de hacerlo salir de su abulia, lo empujan a que abandone la vida de miseria del campo en donde vegeta, sin otro medio de subsistencia que la ración alimentaria que le suministra los organismos internacionales de ayuda a refugiados, lo incitan a que rechace la humillación de vivir como un pordiosero, de la limosna, de la caridad. Hay aquí un primer llamamiento a la acción que, aunque circunscrita a los límites de la solución individual representa ya, en cierto modo, una sacudida.

Sus ambiciones son bien modestas. Le basta con ganar lo suficiente para poder comprar uno o dos pies de olivos, quizás también para poder construir, fuera del campo de refugiados, una casita que sea suya, y, si ello fuera posible,

pagar los estudios de su hijo. No aspira a más.

Por su espíritu simple, ingenuo, este personaje resulta enternecedor. Es un hombre del pueblo, sencillo, sin instrucción, acostumbrado desde siempre a buscar consejo y guía en otros que, en su humildad, considera que saben lo que él, pobre campesino, ignora. Simboliza a la inmensa mayoría del pueblo palestino, formado, sobre todo, por campesinos con un profundo apego a la tierra. Este amor a la tierra, hasta fundirse con ella en “un solo palpitar”, lo expresa bien Kanafani al presentarnos a Abu Kais que, lejos de su patria, Palestina, yace en Basora, a orillas del Chott, con el cuerpo pegado a la tierra como esperando que ésta le infunda la fuerza, el aliento necesario para seguir adelante en su empresa. Esa tierra, húmeda por la proximidad de los dos ríos, el Tigris y el Éufrates, unidos hasta formar un solo río, el Chott, despierta en él recuerdos dormidos, sensaciones ya casi olvidadas de los tiempos en que allá, en Palestina, creía que los latidos de su propio corazón eran los de la tierra y el olor que de ella se desprendía “el mismo que exhalaban los cabellos de su mujer cuando salía del baño... el de una mujer con el cuerpo chorreando agua fría y los cabellos mojados sobre el rostro”. La tierra, como un ser vivo de cuerpo cálido que palpita y da frutos, es la esposa que lo recibe en su seno, la madre que le da sustento. A través de su identificación como una mujer, con la esposa – madre, la tierra pasa a simbolizar la patria, Palestina.

As’ad, el segundo personaje, pertenece a otra generación, la de los que eran adolescentes cuando el desastre de 1948 y, por tanto, demasiado jóvenes para tomar las armas pero que, no obstante, conservan vivos en su memoria los recuerdos de la lucha y la resistencia, la derrota y el éxodo, As’ad representa ya a otra categoría de palestinos. No es el campesino ingenuo y simple, confiado, sino el joven con estudios, armado para defenderse en la vida. Simboliza, en cierto modo, al intelectual en el que la masa de campesinos cree y confía. Esta realidad la expresa bien Kanafani cuando Abu Kais pone su suerte en sus manos y le pide que sea él quien decida en los tratos con Abuljaizarán el “pasador” clandestino.

As’ad pertenece a la generación de los que no quieren resignarse a su situación de refugiados, de ciudadanos de segunda clase en los países árabes de acogida, y se rebelan frente a la humillación de que son víctimas. Pero, como las manifestaciones callejeras, las protestas minoritarias de grupos de estudiantes no han conducido a nada, decepcionado ante la impotencia de la acción colectiva, estéril y sin perspectivas inmediatas de futuro, decide abandonarla y opta por la solución individual. Consciente de la cruel realidad de un mundo hostil e implacable en el que impera la ley del más fuerte, en el que, como en el desierto, las ratas grandes se comen a las más chicas, y dotado de un bagaje intelectual con que abrirse camino en la vida, trata de salvarse, salir del agujero, recobrar la dignidad, buscar en el triunfo personal la revancha de los desheredados.

Marwán, el tercer personaje de la novela, no puede decirse que pertenezca a una generación más joven que la de As'ad, ya que la diferencia de edad entre uno y otro no es muy grande. Pero si As'ad era un adolescente en 1948, Marwán era un niño, para quien la derrota y el éxodo, aunque marcarán profundamente su existencia, yacían más enterrados en la memoria.

Marwán no habría pensado nunca en emigrar si no hubiera sido porque su hermano mayor, al casarse, deja de enviar dinero a la familia desde Kuwait en donde trabajaba. El abandono del hermano, lo siente como una traición a sus padres, a sus otros hermanos, a él mismo, que no podrá ya continuar sus estudios. Y lo más grave es que ese abandono trae nuevos abandonos, nuevas traiciones, porque su padre, al faltarle el mínimo de bienestar y tranquilidad que aquel dinero le proporcionaba, repudia a la madre para casarse con una mujer “rica” que posee una casa de cemento con tres habitaciones. La estrechez económica y la penuria provocan una disgregación de la familia con la huida del padre que, vencido, cansado, sin ánimos para soportar una existencia miserable, se siente incapaz de afrontar sus responsabilidades familiares, y sólo busca con egoísmo su provecho personal.

Estos dos abandonos, el del hermano y el del padre, son los acicates que mueven a Marwán a emigrar a Kuwait, con el único fin de trabajar y ganar dinero para mantener a su familia. También él piensa, como los otros, que para liberarse de la miseria no hay más salida que la huida a Kuwait.

Pero si la emigración a un país rico y el deseo de ganar dinero para mantener a la familia obedecen a una necesidad, hay además en él otros motivos. El sentimiento de abandono, implícito en la traición del padre, lo atormenta y, en su mente, el deseo de vengarse se convierte en una obsesión. De ahí su afán de ganar mucho dinero para enviárselo todo a su madre y a sus hermanos, de llegar un día a ser rico para que su padre se muerda los dedos de arrepentimiento. Esta reacción infantil refleja bien su carácter. Aunque la necesidad imperiosa de ganar su pan y el de los suyos y de asumir, por tanto, la responsabilidad del jefe de familia, hace de él, con sólo dieciséis años, un adulto antes de tiempo, en realidad aún es un niño, un muchacho ingenuo, fácil de engañar.

Junto a estos tres personajes, víctimas de un destino implacable que los lleva a la muerte, aparece un cuarto personaje tan importante como los anteriores, o quizás más, pues es quien, precisamente, los conduce a la muerte. Es Abuljaizarán, el “pasador” clandestino, quizás el más complejo de todos los personajes y en el que Kanafani simbolizó, reunidas en un solo individuo, todas las contradicciones del hombre palestino que luchó en la guerra de 1948 y que, vencido, decepcionado de todo, ha decidió adoptar una actitud cínica ante la vida. Su aspecto físico que, como su nombre lo indica, recuerda el de un junco²

² Para Abuljaizarán, véase la nota 9 de Hombres en el Sol

da una impresión de flexibilidad, de elasticidad, como si pudiera plegarse en dos. Esta descripción física es, en realidad, un retrato moral. El cuerpo elástico y flexible simboliza la naturaleza del personaje, adaptable, plegable a una u otra circunstancia según las conveniencias, es decir, el oportunista.

Sin embargo, pese a su conducta interesada, su cobardía, sus pequeñas miserias, tampoco es enteramente de una pieza. También hay en él rasgo de ternura, de humanidad. Apiadado de Marwán, en quien ve casi a un niño, está dispuesto a pasarlo a Kuwait sólo por cinco dinares, cuando a los otros dos les reclama diez. Y su angustia moral, su desesperación al descubrir los tres cadáveres dentro de la cisterna, no es sólo por cobardía, por miedo a que las autoridades kuwaitíes descubran lo sucedido y ello ponga en peligro su situación, sino también porque se siente responsable de haber llevado a la muerte a sus tres compatriotas. Los sentimientos aparecen en él mezclados, confundidos, lo que da una imagen más real, más viva, del personaje. La pena y la angustia se confunden con el miedo y el instinto de conversación; el horror, el sentimiento de culpabilidad quedan supeditados al instinto de lucro. Quizás uno de los momentos más trágicos, más terrible de la novela sea aquél en que Abuljaizarán, después de depositar los cuerpos de sus compatriotas en el basurero municipal situado en las afueras de la ciudad y emprender el viaje de regreso, vuelve sobre sus pasos y despoja a los tres cadáveres de todo el dinero que llevaban, sin olvidar el reloj de Marwán.

Con todo, este personaje no nos resulta antipático. Las circunstancias de su vida, inseparables del destino trágico de su pueblo, han hecho de él lo que es: un ser fracasado que sólo aspira, por todos los medios, a ganar dinero suficiente para poder llevar una existencia tranquila y, sobre todo, olvidar el pasado. Porque debajo de una apariencia jovial y alegre, esconde un personaje profundamente atormentado por un pasado de derrota, de impotencia. Esta impotencia se manifiesta en una acción militar en la que, después de haber servido durante más de cinco años en el Ejército británico en Palestina y a pesar de su fama de buen conductor, fracasa en sus intentos de conducir un viejo vehículo blindado, del que se habían apoderado los hombres de la aldea, después de un ataque de los judíos. Y fracasa, sencillamente, porque era un hábil conductor de camiones pero no un experto en la conducción de vehículos blindados, es decir que se le confió una tarea superior a sus capacidades.

Pero también su integridad física ha sido afectada, pues después del accidente que sufrió durante la lucha contra el ocupante sionista, es sometido a una operación quirúrgica en la que tiene ser castrado. La pérdida de la virilidad, es decir, la impotencia, en un personaje como Abuljaizarán, combatiente de la guerra de 1948, es un símbolo con el que Kanafani expresa la situación de impotencia del pueblo palestino, después de la derrota.

Y justamente a este hombre castrado, a este eunuco, es el que sus

compatriotas confían su suerte, su destino, que no podía tener más que un trágico fin: la muerte. Abuljaizarán, sinónimo de derrota, de impotencia, hace el papel de anti-héroe. De él ya no cabe esperar nada en el futuro. En este personaje simboliza Kanafani a una generación históricamente incapacitada para hacer salir al pueblo palestino de su estupor y conducirlo de nuevo a la lucha.

De los otros tres personajes de la novela, Abu Kais es un anciano ya acabado; Marwán, aunque represente una esperanza para el futuro, era aún demasiado joven para asumir en aquel momento –1958- el papel histórico del nuevo hombre palestino capaz de despertar las conciencias dormidas de todo un pueblo avasallado y oprimido. As'ad, por su edad, sus conocimientos, su pasado militante en Ammán, en sus años de estudiante, era el único que habría podido representar en aquel momento la esperanza. Pero no, las condiciones no estaban aún maduras. Este joven intelectual –en el que quizás Gassan Kanafani viera reflejado su propia imagen cuando en 1958, a los 20 años emigró él mismo a Kuwait para trabajar allí de profesor- abandona la lucha, cansado, decepcionado, para huir a Kuwait y ganar dinero. Huida, evasión de la realidad, testimonio de la impotencia. El más preparado, el más avisado de los tres emigrantes clandestinos, y en el que confían los otros dos, uno por su condición de campesino ignorante y el otro por ser demasiado niño, se deja también engañar y pone su suerte y la de sus compañeros en manos de un personaje, símbolo de un pasado vencido y que, al dirigir el presente, no puede conducirlos más que a la muerte que es aquí una prolongación de la derrota.

Para Kanafani, esa muerte aceptada pasivamente, sin lucha, es también la consecuencia de la huida de la realidad, de la evasión, de la búsqueda de una solución individual, de una visión estrecha y limitada al pequeño universo personal forjado de ilusiones, en el que no hay cabida para todo lo que vaya más allá del interés personal de cada uno, en una palabra, de la incapacidad para comprender cuál es el verdadero camino de la acción liberadora. Para Kanafani, ésta no se inscribe naturalmente en el triunfo personal de un individuo, sino en el de todo un pueblo.

Lo que resulta más trágico en esta novela es la resignación de los tres hombres ante la muerte –como bestias que llevan al matadero-, la aceptación de un destino ineluctable, fatal, como si el camino que habían elegido no pudiera conducirlos más que a ese fin. Y el grito desesperado y desgarrado de Abuljaizarán, que toda la inmensidad del desierto repetía como un eco: “¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamaron? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?”, aparece como una llamada, como una interrogación histórica que invita a una reflexión generadora de una voluntad de acción.

Puede parecer contradictorio que este primer grito lo lance justamente el personaje que representa la derrota, la impotencia. Pero, justamente, quizás por su situación de vencido, de impotente, comprende de súbito, con lucidez, que si

sus víctimas –víctimas de su desaprensión, su avidez de lucro, su cinismo- no han gritado, tendrá que ser él, el causante de su ruina, quién clame, quien grite, para que el eco de su voz resuene, llegue a todos los oídos hasta entonces sordos, despierte las conciencias dormidas.

Pese a su actitud cínica ante la vida. Abuljaizarán es aún capaz de conmoverse hasta llorar. La tragedia de la que él mismo fue la causa actúa como revulsivo y la llama de su pasado de combatiente, que él creía ya extinta después de su amarga experiencia y sus decepciones, se reaviva de súbito hasta infundirle aliento para gritar.

Nos hemos referido a los cuatro personajes principales de la novela y a lo que Kanafani quiso simbolizar en cada uno de ellos. Pero también los personajes secundarios, pueden considerarse simbólicos. Así, el Hay Rida, adinerado señor kuwaití –siempre presente, pese a que no aparece nunca en la novela y sólo sabemos de él por referencias- simboliza a las clases dominantes árabes, sobre todo de ciertos países, cuya norma de vida podría resumirse en dos palabras: despreocupación y diversión. Los aduaneros que retienen a Abuljaizarán, especialmente Abu Bakr, son también simbólicos. Representan la burocracia indolente y corrompida –producto de las sociedades que la generan y la alimenta- y que aparece encarnada en una serie de personajes mediocres reprimidos, sólo obsesionados por el sexo. También es aquí simbólico que Abuljaizarán, que para Kanafani representa la dirección política palestina en un momento histórico determinado, esté justamente al servicio de Hay Rida que representa la dirección política árabe, como también es simbólico que Abuljaizarán tenga que verse sometido a la voluntad y capricho de esa burocracia y sea víctima, tanto él como sus compatriotas, de inconsciencia, de su irresponsabilidad histórica.

Aunque Hombres en el sol está cargada de simbolismo, cabe decir que corresponde al género llamado realista, tanto desde el punto de vista formal como del contenido. En efecto, bien reales son las preocupaciones de los cuatro personajes, sus sentimientos, como también lo son sus deseos y ambiciones. La descripción que de ellos se hace, su retrato físico y moral, corresponde igualmente al de personajes de ficción que la mente creadora del escritor transforma en seres vivos de carne y hueso. Es decir que no son seres desdibujados que floten en un universo onírico. Las situaciones descritas también son reales; algunas, propias de un determinado grupo étnico-cultura: el pueblo árabe de Palestina, y otras, universales. Sin describir con detalle su vida cotidiana, sus costumbres, sus tradiciones, a través de escenas retrospectivas, recuerdos y vivencias, se evocan, como cuadros intercalados en la acción –breves pinceladas, ligeros toques, rápidos trazos- situaciones que dan una imagen real de la vida del pueblo palestino, ya sea antes de 1948 o bien, después del éxodo, en los campos de refugiados o en los países árabes de acogida. El problema del repudio, de la poligamia (el padre de Marwán), propio de la sociedad musulmana

—aunque no sólo de ella- se evoca brevemente; otros, como el de la emigración — eje central de la novela- son universales.

Este último, el de la emigración, aunque no exclusivo del pueblo palestino, reviste aquí caracteres más trágicos por tratarse de una población sin patria, de refugiados que, arrojados de su tierra, no tienen la esperanza de retornar un día a ella. Es evidente que hay puntos comunes a toda emigración, sobre todo clandestina: la explotación de que son víctimas los emigrantes por parte de “pasadores” desaprensivos, el engaño, que los lleva a veces a encontrar la muerte en el fondo de un barranco o en el paso de un puerto de montaña. Y estos casos se dan en todos los continentes y en todas las latitudes. Por mencionar algunos —esta vez sucedidos en el continente europeo-, recordamos el de un grupo de emigrantes portugueses que, después de vender todo lo poco que poseían y entregar sus ahorros a un “pasador” clandestino para que los introdujera en Francia, recorrieron cientos de kilómetros, dieron cientos de vueltas en el autocar que los transportaba, para terminar abandonados en una ciudad española, Salamanca, próxima a la frontera portuguesa. Todavía más estremecedor es el caso de algunos trabajadores africanos que, abandonados por sus “pasadores” en los Pirineos, en pleno invierno, perecieron de frío y de inanición.

La muerte de los tres emigrantes palestinos se produce en pleno verano tórrido, por asfixia en el fondo de la cisterna de un camión. Este caso, perfectamente verosímil, podría figurar en la prensa como noticia, lo mismo que los casos reales y verídicos que acabamos de mencionar. Pero Kanafani podía haber elegido otras muchas formas, también verosímiles, de hacer morir a sus héroes, si no fuera porque la cisterna del camión, que aquí eligió, es también un símbolo. Representa el universo cerrado, el agujero negro en que vive sumido el pueblo palestino sin ninguna luz de esperanza; representa, en una palabra, la muerte.

Aunque es el símbolo principal, la cisterna del camión no es aquí el único símbolo de la muerte. Todo parece simbolizarla, anunciarla, llevar a ella. El sol —símbolo de la vida- aquí mata; el desierto que hubiera podido ser vía, camino que condujese a una vida más feliz, se convierte en sepultura; y el silencio —el grito ausente, la voz ahogada- es también símbolo de muerte.

Pero si *Hombres en el sol* es el grito ausente, la voz del pueblo palestino ahogada por mucho tiempo en los campamentos del éxodo y ahora en la cisterna de un camión, el grito de Abuljaizarán, su “¿por qué?” desgarrado que clama desesperado por una respuesta, anuncia el principio del despertar. La pregunta con la cual Kanafani termina esta novela plantea, en toda su trágica dimensión, el tema de la muerte y la imperiosa necesidad de liberarse de ella descubriendo o tratando de descubrir la acción histórica liberadora, generadora de nueva vida.

En este sentido, cabe decir que el final de esta obra presagia una primera etapa en la toma de conciencia del pueblo palestino.

Lo que os queda (1966)

Esta novela, escrita entre 1963 y 1964, fue publicada en Beirut en 1966. Se trata de la segunda experiencia novelística de Kanafani después de *Hombres en el sol*. En ella, el escritor plantea de nuevo el tema de la miseria y la opresión del pueblo palestino y la necesidad de liberarse de ellas mediante la acción.

La novela gira en torno a cinco personajes: por un lado, el triángulo Hamed – Mariam - Zacarías, y, por el otro, el desierto –el espacio- y el reloj –el tiempo-, que aquí cobran vida, son seres animados.

Por el contrario a la anterior, esta novela es de una lectura aparentemente difícil. En ella, el tiempo y el espacio parecen confundirse y, pese al artificio de utilizar caracteres de imprenta diferentes para pasar de una secuencia a otra, hay momentos en que el lector puede sentirse perdido. Sin embargo, el paso de un personaje a otro en el tiempo o en el espacio no significa ruptura, porque lo que cada uno de ellos piensa, siente o dice está estrechamente interrelacionado, es indisociable de lo que piensa, siente o dice el otro. Por eso, para aprehender, dentro de una aparente incoherencia, una coherencia, o una continuidad, dentro de una aparente discontinuidad, esta novela requiere una segunda o hasta una tercera lectura.

El estilo que utiliza aquí Kanafani, nuevo en la literatura árabe, no fue bien acogido por toda la crítica. Si para algunos representaba una experiencia original e interesante que contribuiría a enriquecer y renovar el lenguaje narrativo árabe, otros lo consideraron oscuro, embrollado y en contradicción con el objetivo que Kanafani se había fijado, es decir que “la novela fuera realista ciento por ciento”³. Por ello, consecuente con este principio e interviniendo, a su vez, en la polémica suscitada en torno al aspecto formal de esta novela, el mismo Kanafani expresó algunas dudas sobre lo acertado, o no, de su experiencia innovadora. En una entrevista radiofónica publicada posteriormente en la revista *Al-Hadaf*, Kanafani decía:

Creo, sin duda alguna, que *Lo que os queda* representa un salto desde el punto de vista formal, aunque al mismo tiempo plantea, en lo que a mí respecta, algunas interrogantes: ¿Para quién escribo? De los lectores árabes, sólo una minoría podrá comprender esta novela. ¿Escribo para que un crítico diga en una revista cualquiera que he escrito una novela excelente, o escribo para llegar a la gente?⁴.

El problema que se planteaba a Kanafani era saber hasta qué punto la

³ Citado por Fadel al-Naquib en su artículo “El mundo de Gassan Kanafani” (en árabe), publicado en la revista *Shu’ un filastiniyya* (Asuntos Palestinos), N° 13, septiembre 1972, p.194.

⁴ Revista *Al-Hadaf*, 5 de septiembre de 1973, N° 129. Citado por Rafika Bhuri-ben Rjeb en la novela en Gassan Kanafani (en árabe), Editorial At-Takaddum, Túnez, julio de 1982, p. 52.

forma literaria de esta novela servía a los fines que él se había propuesto alcanzar: expresar la realidad del pueblo palestino y hacer que la expresión de esa realidad llegara al mayor número posible de personas. Por tratarse de un estilo difícil, intrincado y, por tanto, no accesible a todas las categorías de lectores árabes, la mayoría no habituados a un lenguaje narrativo ajeno a su tradición literaria, Kanafani temía que la realidad expresada en esta novela y el mensaje que encerraba sólo fueran comprendidos por una minoría intelectual.

Es indudable que Kanafani, buen conocedor de la literatura occidental, tiene aquí influencias de escritores como James Joyce y William Faulkner, particularmente de este último. Por toda una serie de rasgos característicos, esta obra se aproxima al estilo literario de estos autores. Así, la interiorización de los personajes se traduce en soliloquios, monólogos interiores y una serie de estados anímicos, sensaciones, impresiones sensoriales (olores, sonidos, visiones) que retrotraen a la memoria el pasado que se funde con el presente en una sola vivencia. El paso rápido de una secuencia a otra, la ruptura, la discontinuidad en el espacio-tiempo, se estructuran en un orden de continuidades percibidas sucesivamente por cada personaje. La simultaneidad se establece a través de las sensaciones percibidas en distintos lugares, pero al mismo tiempo, por cada uno de ellos.

En realidad, los temas del tiempo y de la memoria, fundamentales en la obra literaria de Joyce o de Faulkner, son también indisociables de la obra de Proust. De sobra conocido es el episodio del panecillo mojado en la taza de té y de todos los recuerdos que este simple gesto evoca en el narrador⁵. Las impresiones sensoriales, a través de asociaciones de ideas, traen a la mente los recuerdos, de forma que en el presente aflora siempre el pasado.

En Kanafani, los temas del tiempo y de la memoria son también fundamentales, no sólo en esta novela sino en toda su producción literaria. Así, en *Hombres en el sol*, el contacto con la tierra húmeda evoca en Abu Kais el recuerdo de su tierra en Palestina, cuando, pegado a ella, la sentía palpar y su olor le parecía el mismo que el que exhalaban los cabellos mojados de su mujer al salir del baño. En *Lo que os queda*, las sensaciones que experimenta Marian al hacer el amor con Zacarías evocan en su memoria los momentos de violencia y brutalidad, en que, arrollada por una muchedumbre enloquecida, huía de Jaifa con los suyos.

En toda la obra de Kanafani, hay un constante retorno a la memoria y ésta va casi siempre, de modo ineluctable, unida al pasado en Palestina: se evoca con añoranza la patria perdida, la felicidad pasada y se reviven escenas de la lucha, la derrota y el éxodo. En este relato se advierte claramente la influencia de Faulkner, en particular de su novela *El ruido y la furia*. En respuesta a algunos

⁵ Proust, Marcel. *A la recherche du temps perdu*.

críticos que notaban la semejanza existente entre ambas obras, Kanafani, gran admirador de Faulkner, no ocultaba esa influencia. Sin embargo, se defendía de que ésta fuera puramente mecanicista y se sostenía que se trataba fundamentalmente de un intento por utilizar los recuerdos estéticos y los logros artísticos de Faulkner para hacer evolucionar la literatura árabe.

Pero las coincidencias de una y otra novela no son sólo desde el punto de vista formal sino también del contenido. En los sentimientos de Hamed por Marian, en la estrecha vinculación con la hermana, hay reminiscencias del segundo capítulo de la novela de Faulkner, en el cual Quentin, en su dolorosa lamentación –prolongado quejido de bestia herida, acorralada- penetra en los recovecos más íntimos del subconsciente para revelar en un lenguaje de desgarradora y punzante verdad, los sentimientos de celos, de posesión, por su hermana Caddy.

Sin embargo, en la expresión de esos sentimientos, Faulkner va mucho más lejos que Kanafani. Mientras que en las relaciones de Quentin con su hermana, aparece obsesionante la idea del incesto, esta obsesión está ausente en Hamed. Sin ser nuestro propósito entrar en un análisis de la novela de Faulkner, conviene decir que, a nuestro juicio, tampoco hay que exagerar en el análisis freudiano de los sentimientos de Quentin por Caddy. Como el mismo Faulkner dice en el apéndice de esta obra respecto de Quentin III, lo que éste amaba en realidad en su hermana era el concepto del honor de los Compson; lo que amaba no era la idea del incesto, que nunca cometería, sino el concepto presbiteriano de la condenación eterna. Por medio de este pecado, imaginario, nunca cometido, él y su hermana irían juntos al infierno, en donde él la mantendría para siempre intacta, pura, en medio del fuego eterno. En realidad, lo que Quentin amaba, sobre todo, era la muerte. Como sabemos, este héroe de Faulkner termina suicidándose en junio de 1910, dos meses después de la boda de su hermana Caddy que, en el momento de casarse, esperaba ya desde hacía dos meses un hijo de otro hombre.

Esta aclaración de Faulkner nos parece fundamental para situar las cosas en su verdadera dimensión. Algunos de los aspectos de la relación Quentin – Caddy, que Faulkner explica, tienen cierto paralelismo con la relación Hamed – Mariam. Como en Quentin, hay también en Hamed el sentido del honor familiar, el sentimiento de vergüenza de que su hermana espera un hijo antes de casarse. Si en la novela de Kanafani, como es natural, está ausente el concepto presbiteriano del pecado y de la condenación eterna, sí, en cambio, está presente y bien presente, el concepto del honor que tiene en la sociedad árabe – musulmana una dimensión, más que religiosa, social, y que en lo que respecta a la mujer y su virginidad, puede llegar hasta a disculpar el parricidio o el fratricidio para lavar la honra.

Lo mismo que Quentin, hijo de un padre alcohólico e irresponsable, se

consideraba el guardián del honor de los Compson, también Hamed, huérfano de padre, se consideraba, como único varón de la familia, el guardián del honor familiar, y, por tanto, de la honra de su hermana. Hay que decir que, además, en la sociedad árabe, los hermanos pueden ser con frecuencia guardianes más celosos de la virtud de sus hermanas que el propio padre.

En el caso de Hamed, a la deshonra de casarse Mariam embarazada de cuatro meses y con un hombre que ya tenía una primera mujer y era padre de varios hijos (en el Islam, aunque legal, la poligamia está cada vez peor vista y se practica cada vez menos en las sociedades más evolucionadas), se suma la humillación de verse obligado a dar a su hermana en matrimonio a un individuo como Zacarías, al que toda la colectividad repudia por cobarde y traidor. Para Hamed, el acto de su hermana significa, pues una doble deshonra.

A través de la personalidad de Zacarías, de lo que éste simboliza, como también de lo que simboliza Mariam –como veremos más adelante-, introduce Kanafani en esta novela un elemento propio de la realidad palestina, que da al drama familiar una nueva dimensión y hace que éste adquiera –más allá del reducido núcleo de la familia- un carácter colectivo.

Otro tema en el que también se advierte la influencia del mencionado capítulo, es el del tiempo, simbolizado por el reloj, a obra de Faulkner empieza cuando Quentin oye el reloj del abuelo, que su padre le había regalado, y recuerda lo que le dijo cuando se lo dio. La imagen del mausoleo, que el padre de Quentin evoca, refiriéndose al reloj, corresponde a la del ataúd con que Hamed, al mostrárselo a su hermana, compara el reloj que acaba de llevar a casa.

En *El ruido y la furia*, el padre de Quentin le dice que le da el reloj no para que recuerde el tiempo, sino para que lo olvide y no pierda todo su aliento tratando de vencerlo. Aquí también está presente la idea del reloj, pero no para recordar el tiempo, sino para olvidarlo, ante la inutilidad de luchar contra él. Por eso, Hamed, en un gesto de desesperada impotencia ante el tictac que lo persigue y lo hace sentirse prisionero, se arranca el reloj de la muñeca y lo arroja en la inmensidad del desierto para liberarse del tiempo, mientras que Mariam, prisionera de las cuatro paredes que la encierran, de Zacarías, de ella misma, sigue oyendo el tictac, insistente, implacable, del reloj-ataúd, símbolo del tiempo-muerte.

Hay también en la obra de Kanafani elementos en que se percibe la influencia de lo que se conoce como “La Nueva Novela” (*Le Nouveau Roman*). Teniendo en cuenta la gran influencia que autores como Joyce, Faulkner o Proust tuvieron en la nueva novela, nada tiene de extraño que Kanafani se dejara influir también por ella. La influencia en Kanafani se manifiesta sobre todo en la importancia que concede a las cosas, a los objetos. Estos cobran vida, sienten, palpitan, hablan. No se trata aquí de una “reificación” (de *res-rei*, es decir, cosa en latín) o “cosificación” en el sentido que le da Lukács, es decir, de una

transformación de las personas en objetos –fenómeno propio de la sociedad de consumo y reflejo de la crisis de valores que atraviesa el mundo occidental-, sino de una revalorización, una vivificación del objeto, de la cosa inanimada. Así en esta novela, el desierto es un cuerpo gigantesco que no sólo está dotado de un pecho que siente y palpita, sino también del don de la palabra. Este gusto de Kanafani por la vivificación del objeto, presente en toda su obra, se traduce con frecuencia en la comparación de los seres humanos con objetos, recurre para ello en metáforas audaces, originales, totalmente nuevas en la literatura árabe. De sobra conocido es que ésta se ha caracterizado siempre por la extraordinaria riqueza de su lenguaje metafórico pero, a diferencia de muchos autores con tendencia a utilizar la imagen convencional, manoseada, Kanafani crea nuevas imágenes, las fuerza al extremo, lo que hace a veces difícil encontrar su equivalente en otro idioma.

Pese a los paralelismos que pueda haber entre una y otra novela, ambas corresponden a realidades sociales e históricas diferentes. Faulkner describe una sociedad, la del sur de los Estados Unidos, en decadencia, en descomposición, y en la que los descendientes de la antigua clase dominante, arruinados, no consiguen adaptarse a las transformaciones económicas y sociales que lleva consigo la expansión del capitalismo en el siglo XX. El estado de crisis y confusión que atraviesa esta sociedad, sus contradicciones, sus incoherencias, se traducen, a través de los personajes, en sentimientos de angustia, obsesiones, evasión de la realidad y retorno al pasado. El estilo formal que utiliza Faulkner refleja bien el estado anímico de los personajes, producto de esta sociedad en descomposición. La realidad social e histórica que describe Kanafani es muy distinta de la de Faulkner. La sociedad palestina de principios de 1960 no es una sociedad en estado de decadencia, de descomposición, sino una sociedad que atraviesa una etapa de confusión. Sumido en el estupor provocado por la derrota y el éxodo, el hombre palestino anda aún a tientas en busca de una vía, de una solución. El estilo formal que utiliza Kanafani en esta novela sirve, pues, a su objetivo de reflejar la realidad palestina de esa etapa histórica.

Por otro lado, cabría decir aquí que la relación entre Mariam y Hamed, más que una relación morbosa entre hermanos, podría considerarse casi materno-filial. Debido a la diferencia de edad, Mariam ve en el hermano pequeño, casi un hijo y Hamed en la hermana mayor, casi una madre. A través de la imagen del ovillo de lana, cuyo cabo había quedado sujeto en su casa de Gaza y del que Hamed se iba liberando a medida que se alejaba de Mariam, evoca Kanafani la idea del cordón umbilical que lo sigue uniendo al seno materno. La madre ausente se ha convertido para Hamed en un mito, una especie de personaje legendario, un ser ideal, con el que sueña reunirse un día. Mariam es para él una encarnación de la madre ausente y que, a semejanza de la imagen que de esta última se ha forjado, tiene que estar dotada de las mismas virtudes y

perfecciones. Es indudable que a través del personaje mítico, legendario, de la madre, Kanafani simboliza la tierra, la patria, Palestina. Por eso, la entrega de Mariam a un traidor como Zacarías adquiere también en la novela caracteres de símbolo. Mariam mancillada significa Palestina mancillada, Mariam entregada a un traidor significa Palestina entregada a los enemigos del interior.

Incapaz de acción, Hamed –que representa aquí en cierto modo al intelectual- no ve ante sí otro camino más que la evasión, la huida. De lo único que es capaz es de partir en busca de la madre, es decir, en busca de la tierra, de Palestina, la Palestina del pasado, tal como él la imagina. Pero entre él la madre se interpone el desierto. Lo mismo que en los cuentos o leyendas en que para rescatar a la princesa prisionera o el tesoro escondido, el héroe se ve sometido a una serie de pruebas, tiene que arrostrar diversos peligros –lucha con dragones u otros monstruos legendarios- y sólo después de salir victorioso de todos ellos y purificado por las pruebas consigue alcanzar la meta, también aquí Hamed tiene que arrostrar los peligros del desierto para llegar hasta la madre.

En Hombres en el sol, el desierto significa la huida de uno mismo, la muerte; en Lo que os queda, es el único camino capaz de sacar a Hamed del estado de impotencia en que se encuentra y de conducirlo, quizás, a la acción. Teatro de una lucha a muerte con el enemigo, el desierto es aquí el puente que conduce al reencuentro consigo mismo. Aquí también se muere, pero la muerte de Hamed no es gratuita porque también él mata justamente para seguir viviendo.

Aquí, el enemigo exterior –el soldado israelí- y el enemigo interior –Zacarías- mueren ambos, el primero a manos de Hamed, el segundo a manos de Mariam. En el momento de la acción, cuando Mariam clava el cuchillo a Zacarías y Hamed clava el cuchillo al soldado israelí, hay simultaneidad, las líneas dejan de ser discontinuas y se confunden.

Mientras que en la otra novela todo es silencio, muerte –las tres víctimas ni siguiera gritan ni golpean las paredes de la cisterna-, en ésta todo golpea, suena, se agita: golpean los pasos de Hamed al caminar en el desierto, golpea y se agita el embrión en las entrañas de Mariam, golpean la superficie del agua los remos de las embarcaciones que transportan a los refugiados el día que abandonan Jaifa; hasta el silencio suena, tiene voz. A diferencia de la anterior, todo aquí parece anunciar un renacer, una nueva vida.

El parto, el alumbramiento, es lento, doloroso, difícil. Mariam, la Palestina real de principios de los años 60 –no la Palestina ideal de antes de 1948, la madre ausente- tiene que matar a Zacarías –el enemigo interior-, para que nazca el hijo, el nuevo hombre palestino. Pero éste es también hijo de Zacarías porque ese nuevo hombre palestino no puede ser un ente puro dotado de todas las virtudes y perfecciones, una entelequia, sino el producto de un proceso dialéctico con todas sus contradicciones.

Simultánea a la acción de Mariam está la de Hamed –muerte del soldado

israelí, el enemigo exterior-, necesaria para que el nuevo ser que nazca pueda sobrevivir, para que no vuelva a morir una segunda vez. Estas dos acciones se complementa, se funden en una sola.

Pero para que este parto, este alumbramiento, sea posible, también es necesario el sacrificio de otros. Salem, jefe de la resistencia palestina contra el ocupante israelí en Gaza y al que Zacarías –el enemigo interior- entrega a las autoridades israelíes, no muere en vano, su muerte no es gratuita. En el momento en que lo llevan al paredón para fusilarlo, de su mirada helada, precursora de la muerte, se desprende el hálito de una nueva vida. Y es el hálito de Salem, que fluye aún después de muerto, el que infunde vida al nuevo ser que nacerá.

El personaje de Salem, que en la novela aparece como secundario frente a los principales, tiene, sin embargo, una importancia capital. Si aparece en segundo plano es porque refleja las circunstancias, históricas del pueblo palestino a principios de 1960. Salem el feday (fedayin corresponde, en realidad, el plural de la palabra árabe, a partir de la cual se ha formado un nuevo plural en español, fedayines) –participio activo de la raíz verbal fadaa, rescatar, redimir (con su sangre) o sacrificarse y que significa, pues, el que rescata, el que redime, el que sacrifica su vida –redime con su muerte, con su sangre vertida, a los demás. En toda revolución, han sido siempre necesarios el sacrificio, la sangre, la muerte de muchos para que los demás vivan.

En la etapa que Kanafani describe en *Lo que os queda* no sólo se anuncia, sino que se inicia la toma de conciencia del pueblo palestino.

Um Sa'ad (1969)

En esta novela refleja Kanafani la etapa de la toma de conciencia colectiva del pueblo palestino. Esta toma de conciencia es indisociable de las operaciones de guerrillas que llevan a cabo, contra el ocupante sionista, las organizaciones de la resistencia, inmediatamente antes y después de la derrota de los ejércitos árabes en junio de 1967.

El 1º de enero de 1965, Al-Asifa (La Tempestad), rama militar de Al-Fatah, difunde el primer comunicado de prensa, al que siguen muchos otros que dan cuenta de las acciones llevadas a cabo por los fedayines, como cortes de líneas de comunicación, sabotajes e industrias y destrucción de instalaciones militares estratégicas. Las acciones de Al-Asifa tienen por objeto destruir la estructura económica, militar, social y política del Estado de Israel y llamar la atención del mundo sobre los derechos del pueblo palestino, expoliado y expulsado de su tierra.

Después de la derrota de los ejércitos árabes en junio de 1967, el pueblo palestino toma aún mayor conciencia de la necesidad de confiar, sobre todo, en sus propias fuerzas. Las acciones guerrilleras se intensifican por doquier: en las alturas de Golan, en el Golfo de Akaba, cerca de Eilath, en el valle del Jordán, en Gaza, e incluso dentro de Palestina ocupada, en Nazaret, Jerusalén, Tel-Aviv.

En esta etapa, la que sigue a la guerra de 1967, la que Kanafani describe en Um Sa'ad, que más que novela, en el sentido estricto de la palabra, puede decirse que es un relato formado por una serie de cuadros que reflejan de manera progresiva la toma de conciencia del pueblo palestino, el resurgir de su personalidad.

La obra gira en torno a dos personajes: el escritor y Um Sa'ad. El primero representa al intelectual, la segunda a la clase trabajadora, y en la relación estrecha que los une, ha querido mostrar Kanafani la necesaria acción recíproca, en todo movimiento revolucionario, entre la teoría y la praxis.

Aunque personaje vivo de carne y hueso, Um Sa'ad es un símbolo. Simboliza a la vez a la mujer trabajadora y a la tierra, a Palestina. Kanafani la describe como una mujer casi gigantesca, una especie de titán dotado de una fuerza sobrehumana, una deidad telúrica: Gea, Pachamama, Obá.

En Um Sa'ad, el hombre palestino se transforma, recupera su dignidad, pasa de su situación miserable de refugiado a la de ser humano dueño de su destino.

Gracias a la acción de su hijo Sa'ad, la madre recupera su dignidad, soporta la vida miserable del campo porque confía, tiene esperanza en el futuro; simbólico es su cambio de amuleto. El padre que empezaba a beber y a maltratar a su mujer –Um Sa'ad- también se transforma por la acción del hijo mayor, la voluntad de acción de hijo menor y de los demás muchachos del campo, se siente

renacer, recupera su dignidad perdida; la vieja escopeta de la guerra de 1948 se transforma en el nuevo Klachinkov.

Terreno abonado para la resistencia, los campos de refugiados se transforman en un venero de combatientes. Se asiste el resurgir del nuevo hombre palestino.

Todo aquí cambia, se transforma, los seres, los objetos que toman un nuevo sentido, otra dimensión, porque se perciben con otra mirada, con una nueva conciencia. La transformación del presente hace que también se transforme el pasado, que éste se rememore de otra manera.

Hasta las cosas que parecían muertas, reviven, cobran vida. El sarmiento seco que Um Sa'ad había plantado una mañana, hacia tiempo, delante de la casa del escritor, revive, florece, anuncia con sus brotes verdes un futuro de esperanza.

María-Rosa de Madariaga

París, diciembre de 1986.

BIBLIOGRAFIA

Bhuri-ben Rjeb, Rafika: La novela en Gassan Kanafani (en árabe), primera edición. Editorial At-Takaddum, Túnez, julio de 1982.

Kanafani, Gassan: Obras completas (en árabe), introducción de Ihsán Abbas, 2da. ed.. tomo I, pp, 11-27, Fundación Cultural Gassan Kanafani, Editorial At-Talia, Beirut, Líbano, abril de 1980.

Le patrimoine culturel palestinien (en francés), obra colectiva. Véase en especial el estudio de Faisal Darak titulado “Le roman palestinien: reflet d’une réalité” (“La novela palestina: reflejo de una realidad”) pp. 125-158, y dentro de este estudio, la parte dedicada a Gassan Kanafani, pp. 138–146, Editorial Le Sycomore, París, 1980.

Shu’un filastiniyya (Asuntos palestinos), N° 13, Beirut, Líbano, septiembre de 1972. Número especial dedicado en gran parte a la memoria de Gassan Kanafani. Contiene artículos de los autores siguientes: Lutfi Al-July, Ihsán Abbas, Bilal Al-Hasam. Ahmad Jalifa y Elias Juri, pp. 138-180, y de Fadel Al-Naquib y F. Al-Mansur, pp. 192-221.

HOMBRES EN EL SOL

A Anni H. Kanafani
G.

ABU KAIS

Boca abajo, con el pecho pegado a la tierra húmeda, Abu Kais¹ la sentía palpitar bajo su cuerpo. Eran los latidos de un corazón cansado. Todo se fundía en un solo palpar, desde la más pequeña partícula de arena hasta la parte más recóndita de su ser. Siempre que pegaba el cuerpo a la tierra, sentía el mismo latido. Era el corazón de la tierra que, desde lo más profundo de sus entrañas, pugnaba por abrirse un camino en busca de la luz. Hacía tiempo que había sentido ese latido por vez primera, allá en Palestina. Hasta se lo había dicho un día a su vecino, con el que labraba a medias el mismo campo, en aquella tierra que había abandonado hacía diez años. Su vecino se había burlado de él:

-Eso que oyes son los latidos de tu propio corazón.

¡Tonterías! ¿Y el olor, entonces?. Ese olor que cuando respiraba le fluía por la frente y se desparramaba, adormecedor, por todas sus venas. Era el mismo olor que exhalaban los cabellos de su mujer cuando salía del baño, el mismo, el olor de una mujer con el cuerpo chorreando agua fría y los cabellos mojados sobre el rostro. ¿Y los latidos? Lo mismo que cuando se recoge, con las manos llenas de ternura, un pajarillo abandonado.

“La tierra está húmeda –pensó–, será por la lluvia de ayer. Pero no, ayer no había llovido. No era posible que lloviera con un cielo así. ¿Has olvidado donde estás? ¿Lo has olvidado? Aquí sólo hay calor y polvo”. Se dio vuelta boca arriba. Con la cabeza entre las manos, contempló la claridad cegadora del cielo. Un solitario pájaro negro revoloteaba en lo alto sin rumbo fijo. De pronto, sin saber por qué, lo invadió un sentimiento de nostalgia teñido de amargura. Poe un momento sintió ganas de echarse a llorar. Pero no, ayer no había llovido. Estamos en agosto, ¿lo has olvidado?. Y ese camino que se pierde en el desierto,

¹ Literalmente, “padre de Kais”. En los países árabes de Oriente Medio, (Siria, Líbano, Palestina, etcétera...) es tradicional llamar a las personas casadas y con hijos, no por el nombre que les dieron al nacer sino con el apodo de “padre de”... seguido del nombre del hijo primogénito. Así, por ejemplo, a un señor que se llamare Sa'id y cuyo hijo primogénito respondiera el nombre de Jaled, nadie le llamará Sa'id sino “padre de Jaled” (Abu Jaled). Lo mismo cabe decir respecto de las mujeres. Si la esposa del anterior se llamara Leila, nadie la llamará por ese nombre sino por el de “madre de Jaled” (Um Jaled). En caso de que el primogénito sea mujer, entonces se acudirá al nombre del hijo varón que la sigue, o las sigue si hay varias mujeres. De no haber hijo varón (lo cual sería bastante dramático, sobre todo para las clases populares), se recurre a un subterfugio consiste en llamar a ambos esposos con el apelativo de Abu para el marido, y de Um para la mujer, seguidos del nombre del padre del esposo o el del propio esposo, pues si el hijo varón imaginario hubiera llegado a nacer sería probable que llevara el nombre del abuelo paterno o bien el de su propio padre.

Este tratamiento revela respeto y deferencia, y sería incorrecto no utilizarlo, incluso para dirigirse a las personas más allegadas. Es de uso general entre las clases populares y entre la pequeña burguesía media tradicionales. En las familias occidentalizadas, especialmente entre las jóvenes, se utiliza menos.

negro como la eternidad, ¿lo has olvidado? El pájaro aún revoloteaba solitario, como un punto negro perdido en la radiante inmensidad. Estamos en agosto. Pero entonces, ¿por qué esa humedad en la tierra? Claro, era el Chott. ¿No ves cómo se extiende hasta donde alcanza la vista? “Allí se unen los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates, para formar un solo río cuyo nombre es el Chott el Arab, el cual corre desde poco antes de Basora hasta...”

El maestro Selim: delgado, ya viejo, con el pelo blanco. Por décima vez repetía con voz estentórea la misma frase al niño que estaba de pie junto al pizarrón. En aquel preciso momento, pasaba él por delante de la escuela del pueblo y se subió encima de una piedra para mirar furtivamente por la ventana. El maestro Selim de pie frente al alumno, declamaba mientras esgrimía el bastón: “Allí se unen los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates...” El niño temblaba de miedo. De pronto, estallaron risas entre los demás niños de la clase. Alargó la mano y dio en la cabeza un manotazo a uno de los que en aquel momento había levantado la vista y lo había sorprendido mirando por la ventana.

-¿Qué pasa?

El niño, muerto de risa, musitó:

-Ese bobo.

Se bajó de la piedra y siguió su camino. Hasta él llegaba la voz del maestro Selim que repetía en forma incansable: “Allí se unen los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates...”

Aquella noche vio al maestro Selim sentado en el salón del alcalde fumando su narguilé². Lo habían enviado de Jaifa para que enseñara a los chicos del pueblo. Hacía tanto de eso que para todos “maestro Selim” era dos palabras inseparables. Esa noche en el salón del alcalde, alguien le había preguntado:

-¿Presidirán la plegara del viernes, no?

El maestro Selim había respondido llanamente:

-Nada de eso, soy maestro de escuela, no imán.

El alcalde había dicho entonces:

-¿Y qué diferencia hay? Nuestro maestro de antes era imán.

-Porque enseñaba en la escuela coránica, pero yo soy maestro de escuela.

El alcalde insistió:

-¿Y qué diferencia hay?

² Palabra de origen persa para designar la pipa oriental provista de un tubo largo y flexible que comunica con un recipiente de agua perfumada a través del cual pasa el humo antes de llegar a la boca del que fuma. Esta pipa, cuyo uso está difundido en Irán, Afganistán, repúblicas meridionales de la Unión Soviética, Turquía y países antaño sometidos al Imperio Otomano (incluida África del Norte, excepto Marruecos), puede fumarse de forma individual o colectiva. En el texto árabe, no dice en realidad “fumando su narguilé”, signo literalmente “haciendo rugidos (o gruñidos) de tripas (karkara) con su narguilé”, o bien, “produciendo un gorgoteo con su narguilé”. Este verbo onomatopéyico (karkara) puede compararse al español gorgotear (de gorgor) o a la palabra gárgara (de la onomatopeya garg) y expresa con acierto el ruido que produce el agua en el recipiente cuando se aspira el humo.

El maestro Selim no respondió. Detrás de sus anteojos, su mirada recorrió los rostros de los presentes como para implorar socorro. Pero sobre ese asunto, las ideas e los demás eran tan confusas como las del alcalde.

Hubo un largo silencio. Después de su ligero carraspear, al maestro Selim dijo con voz pausada:

-Pero, ¿si no sé rezar!

-¿Qué no sabes?

En la asamblea se oyeron gruñidos de reprobación. El maestro Selim insistió:

-No, no sé.

Los presentes se miraron unos a otros estupefactos. Luego, todas las miradas confluyeron en el alcalde, que sintió que no tenía mas remedio que decir algo:

-Entonces, ¿qué sabes hacer?

El maestro Selim se levantó con gesto rápido como si esperara aquella pregunta:

-Muchas cosas. Por ejemplo, sé disparar un arma.

Al llegar a la puerta, se volvió. Su enjuto rostro temblaba.

-Si atacan, despiértenme. Puedo serles útil.

Así que entonces ese era el famoso Chott de que tanto hablara el maestro Selim hacía diez años. Allí lo tenía, a miles de kilómetros de la aldea y de la escuela, después de miles de días... ¡Que Dios te bendiga, maestro Selim! ¡Que Dios te bendiga! Qué suerte tuviste de que Dios te llevara de este mundo justamente la noche antes de que nuestra pobre aldea cayera en manos de los judíos. Precisamente la noche antes. ¡Dios mío! ¿Habrá mayor don del cielo que ese? Es de verdad que los hombres del pueblo no pudieron enterrarte ni rendirte su último homenaje. Pero, de todos modos, te quedaste, te quedaste allí. Te libraste del oprobio y la miseria, te salvaste en la vejez de la vergüenza. ¡Que Dios te bendiga, maestro Selim! ¿Ves?, si no te hubieras muerto, habrías vivido como yo, hundido en la miseria. ¿Habrías hecho lo que hago yo ahora? ¿Aceptarías con todo el peso de los años en las espaldas huir a Kuwait a través del desierto por un pedazo de pan?.

Volvió a ponerse boca abajo. Apoyado en los codos, contemplaba el gran río como si lo viera por primera vez. Así que entonces este es el Chott el Arab: “Un gran río por el que van los barcos cargados de dátiles y de paja, como una carretera que atravesara el país con muchos coches...”

Eso era lo que le había respondido de un tirón su hijo Kais cuando le había preguntado aquella noche:

-¿Qué es el Chott el Arab?

Se había propuesto que le preguntaría a su hijo la lección para comprobar

si se la sabía y Kais, después de soltar la respuesta sin titubear, había añadido:

-Te vi hoy mirar por la ventana de la clase...

Se volvió hacia su mujer que he había echado a reír. Un poco avergonzado trató de reponerse.

-Eso ya lo sabía de antes.

-¡Qué va! ¡Qué los ibas a saber!, lo aprendiste hoy cuando mirabas por la ventana.

-Bueno, ¿y qué? ¿Qué importa que lo sepa o lo deje de saber?, después de todo, tampoco es el fin del mundo.

Su mujer lo miraba de reojo. Después dijo a su hijo:

-Anda, vete a jugar al cuarto de al lado... -Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, se volvió a su marido:- No le hables así al niño. Está tan contento de haber aprendido eso y vienes tú y se lo estropeas.

Se levanto y acercándose a ella le puso la mano en el vientre y susurró:

-¿Para cuando?

-Dentro de siete meses.

-¡Uf!

-Esta vez tiene que ser una niña...

-No, no, un varón, un varón.

Pero tuvo una niña. Se llamó Hasna y murió a los dos meses de nacida. El médico había dicho con un gesto melindroso: “Era demasiado esmirriada”. Eso fue un mes después de haberse ido del pueblo, en una vieja casa de otra aldea, lejos del campo de batalla.

-Abu Kais, siento que voy a parir.

-Bueno, bueno, cálmate.

Se dijo para sus adentros: “¿Pero esta mujer no podría seguir preñada cien meses más? ¡Mira que no es éste el momento para ponerse a parir!”.

-¡Por amor de Dios!

-¿Qué? ¿Qué pasa?

-Voy a parir.

-¿Llamo a alguien!

-A Um Omar.

-Pero, ¿dónde la voy a encontrar ahora?

-Dame esa almohada.

-¿Pero dónde la voy a encontrar a Um Omar?

-Por amor de Dios, levántame un poco. Déjame que me apoye contra la pared.

-No te muevas, voy a buscar a Um Omar.

-Date prisa, pronto. ¡Por todos los cielos!

Se apresuró a salir en busca de la partera. Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando a sus oídos llegó un berrido: era el recién nacido. Volvió sobre

sus pasos y pegó la oreja a la puerta de madera.

El Chott se mecía entre rumores. Los marineros se llamaban a gritos unos a otros, el cielo resplandecía y el pájaro negro aún revoloteaba sin rumbo fijo.

Se levantó, se sacudió al traje impregnado de tierra y miró el río. Nunca como en aquel momento se sintió tan extraño y tan insignificante. Se pasó la mano por la áspera barbilla y entonces todas las ideas que se agolpaban en su cabeza como un ejército de hormigas, empezaron a agitarse.

Al otro lado del Chott, tan sólo al otro lado, se encuentra todo lo que te quitaron. En Kuwait. Lo que viviste con la imaginación, como en un sueño, existe allí... Seguro que allí tenía que haber algo de todo lo que se había imaginado. Habría piedras, tierra, agua y cielo y puede que hasta alguna cosa más de lo que vagaba por su mente atormentada. Seguro que había calles y avenidas y hombres y mujeres, y también niños que correteaban entre los árboles.

Pero no, su amigo Sa'ad, que había emigrado allí y después de trabajar de chofer había vuelto con los bolsillos forrados de dinero, le había dicho que allí no había árboles. Los árboles sólo existen en tu cabeza, Abu Kais, en tu cansada cabeza de anciano, Abu Kais. Diez árboles bien nudosos que todos los años daban en el otoño las mejores aceitunas del mundo. En Kuwait no había árboles. Lo había dicho Sa'ad y a Sa'ad hay que creerle porque sabe más que tú aunque sea más joven. Todos saben más que tú. Todos.

Diez años habían pasado, diez años en los que no hiciste otra cosa más que esperar. Tuviste que esperar diez largos años de miseria para darte cuenta de que perdiste todo: tus árboles, tu casa, tu juventud, tu aldea... En ese tiempo, los demás siguieron su camino, mientras que tú te quedaste como un perro viejo, sentado sobre las patas traseras y metido en un tugurio. ¿Qué es lo que esperabas entonces? ¿Que la fortuna te cayera del cielo sin moverte de tu casa? ¿Tú casa? ¿Pero desde cuándo es tu casa? Un hombre generoso te dijo un día: “Ven a vivir aquí”. Eso es todo. Y después de un año, te pidió que le cedieras la mitad de la habitación. De pronto, te encontraste con gente extraña bajo el mismo techo, con sólo una andrajosa cortina de harpillera, de por medio. Pero seguiste allí como un perro viejo sentado sobre las patas traseras hasta que llegó Sa'ad y te sacudió como el que bate leche para hacer mantequilla.

-Si consigues llegar al Chott, pasar a Kuwait no es difícil. Basora está llena de “pasadores”. Te pasarán clandestinamente a través del desierto. ¿Por qué no te vas?.

La mujer escuchaba en silencio mirando ora a uno, ora a otro y después volvía a mecer al niño.

-Es una aventura que Dios sabe cómo terminará.

-¿Qué Dios sabe cómo terminará? ¡Ah! ¡Ah! ¡que Dios sabe cómo terminará! ¡Ah! ¡Ah!.

Después se volvió hacia la mujer:

-¿Has oído lo que ha dicho tu marido? ¡Que Dios sabe cómo terminará!
¡Como si la vida fuera un manjar! ¿Por qué no se aventura como los demás? ¿O es que acaso se cree mejor?

Ella no levantaba la vista y él deseaba que no lo hiciera. El otro seguía perorando:

-¿Te gusta la vida que llevas aquí? ¡Hace diez años que vives como un mendigo! ¡Vergüenza habría que darte! Y tú hijo Kais, ¿cuándo va a volver de la escuela? Y el último crecerá, ¿Cómo lo vas a mirar a la cara si no has...?

-Ya está bien, ¡basta!.

-No, no basta, ¡vergüenza habría de darte! Tienes a tu cargo una familia. ¿Por qué no te vas? –Mirándola a ella-: Y tú, ¿qué dices?

La mujer permanecía silenciosa. Él pensaba para sus adentros: “Mañana, el pequeño crecerá...”

-El camino es largo y ya soy viejo. No puedo irme como vosotros. Podría encontrar la muerte...

Se hizo el silencio en la habitación. La mujer aún mecía al niño. Sa’ad dejó de insistir, pero su voz, terca, obstinada, tenaz, le martillaba en el cerebro y lo sentía a punto de estallar:

-¿La muerte? ¡Vamos! ¿Quién te dijo que eso no era mejor que la vida que llevas? Hace diez años que esperas volver junto a los diez olivos que tenías en el pueblo... Tu pueblo, ¡eh!

Se volvió a su mujer:

-¿Qué piensas tú, Um Kais³?

Ella lo miró y contestó en un susurro:

-Lo que tú pienses.

-Podremos volver a mandar a Kais a la escuela.

-Sí.

-Podremos comprar uno o dos pies de olivo.

-Claro que sí.

-Y hasta quizás podamos construir una habitación en algún sitio...

-Sí.

-Si consigo llegar, si llego...

La miró. Sabía que estaba a punto de echarse a llorar: el labio inferior le temblaba ligeramente y después una lágrima, una sola, se le hinchaba poco a poco hasta caerle sobre la mejilla morena y arrugada. Quiso decir, algo pero no pudo. También las lágrimas asomaron a sus ojos. Sentía un nudo en la garganta...

Un nudo como el que le apretaba cuando entró en la tienda del hombre gordo que hacía pasar a los clandestinos desde Basora a Kuwait. Allí estaba delante de él

³ Ver nota 1.

con todo el peso de la esperanza y la humillación a cuestas, sobre sus hombros de anciano. Era tan absoluto el silencio que hasta vibraba.

-El viaje es difícil. Te lo advierto. Serán quince dinares.

-¿Me aseguras que llegaré sano y salvo?

-¡Claro que llegarás sano y salvo! Pero lo pasarás algo mal, ¿sabes?, estamos en agosto, hace mucho calor y en el desierto no hay sombra. Pero llegarás.

El nudo le apretaba aún la garganta, pero sentía que no podía esperar más, que tenía que decirlo entonces o ya no lo diría nunca:

-He recorrido miles de kilómetros para llegar a ti. Me envía Sa'ad. ¿no te acuerdas de él? No tengo más que quince dinares, ¿qué te parece si te doy diez y me quedo con el resto?

El hombre gordo lo cortó en seco:

-Mira, ¿eh?, aquí no estamos para bromas. ¿No te dijo tu amigo que aquí el precio es fijo y que no se regatea? ¿No sabes que el guía arriesga su vida por ustedes?

-Y nosotros. ¿no arriesgamos también la nuestra?

-¡Pero si yo no te obligo!

-¿Diez dinares?

-Quince dinares, ¿o es que no me oyes?

Hubiera querido continuar, pero no podía. El hombre gordo sudaba a mares y, desde su silla, lo miraba de hito en hito con los ojos muy abiertos. Quería que dejara de mirarlo así. Aquella mirada le hacía daño, no podía soportarla. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Las sentía brotar, ardientes, como un manantial que desde las entradas le fluyera hasta anegarlo en llanto. Hubiera querido decir algo, pero no podía. Se volvió y salió a la calle. A su alrededor todo flotaba tras un velo húmedo de lágrimas contenidas. Otra vez el presente: el río que se fundía con el cielo allá en el horizonte, la claridad radiante, infinita. De nuevo sentía la tierra húmeda palpitar bajo su pecho. Y aquel olor que le fluía por todas las venas y lo anegaba como un torrente.

AS'AD

As'Ad Permanecía de pie ante el hombre gordo que hacía pasar clandestinos desde Basora a Kuwait.

-Está bien, te daré quince dinares, pero cuando haya llegado, no antes.

Por encima de las mejillas, los ojillos del hombre gordo lo observaban, fijos. Después preguntó con un tono estúpido.

-¿Por qué?

-¿Por qué? ¡Ah!, porque tú guía se escabullirá antes de que hayamos recorrido la mitad del camino. De acuerdo con los quince dinares, pero a la llegada, no antes.

El hombre plegaba los papeles amarillos que tenía ante sí y después dijo con voz melíflua:

-Yo no te obligo a nada, no te obligo.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Pues que si no te agradan mis condiciones, no tienes más que volverte, dar tres pasos y te encontrarás en el camino.

¡El camino! ¿Habría todavía camino en este mundo, caminos, que no hubiera regado día tras día con el sudor de su frente? Todos decían lo mismo: te encontrarás en el camino. Eso era lo que había dicho aquel Abdulabd que había comprometido pasarlo desde Jordania a Irak.

-No tienes más que dar la vuelta a H4⁴. No importa si te adentras un poco en el desierto. Eres joven y puedes soportar el calor. Después vuelves a salir a la carretera y me encontrarás allí.

-Pero eso no entraba en el trato. Cuando estábamos en Ammán, quedamos en que me llevarías a Bagdad y te di veinte dinares contantes y sonantes. De esa historia de que había que dar la vuelta a H4 nunca me habías hablado.

Abdulabd golpeó con la mano la aleta del camión cubierto de polvo. Las marcas de los dedos dejaron ver el calor rojo vivo. El camión de Abdulabd estaba parqueado junto a la casa, cerca de Yerbel Ammán. Recordaba perfectamente el trato que habían hecho.

-Será difícil. Si me agarran contigo, me meterán en la cárcel. Pero no importa. Te haré ese gran favor porque conocí a tu padre, que en paz descansa. Luchamos juntos en Ramlah⁵ hace diez años...

⁴ Literalmente pronunciado a la inglesa eich for (H4). Estación de bombeo en el oleoducto de la Irak Petroleum Company que iba hasta Haifa. La H corresponde a Haifa y los números, a las distintas estaciones: tres en Irak (H1, H2, H3), dos en Jordania (H4 y H5). La estación H4 coincide con el puesto fronterizo de Jordania con Irak.

⁵ Ramlah, ciudad palestina situada en el actual Estado de Israel, al sudeste de Tel-Aviv, entre Cisjordania y el mar.

Después permaneció silencioso por breves instantes. Su camisa azul chorreaba sudor y el rostro anguloso le daba a As'ad la impresión de tener ante sí a uno de esos hombres para quienes el hacer milagros era uno de los deberes de un padre de familia.

-Te cobraré veinte dinares y te encontrarás en Bagdad.

-¿Veinte dinares?

-Sí, veinte dinares. Y además tendrás que ayudarme durante el viaje. Saldremos pasado mañana. Tengo que transportar el coche de un ricachón de Bagdad que pasó parte del verano en Ramallah⁶ y quiso volver en avión.

-Pero... ¿veinte dinares?

Abdulabd lo miró fijamente y después remachó:

-Te salvo la vida por veinte dinares. ¿Crees que vas a poder pasarte aquí toda la vida escondido? Mañana mismo pueden detenerte...

-¿Pero dónde?, ¿dónde voy a encontrar veinte dinares?

-Pídelos prestados, pídelos prestados, cualquiera te prestará veinte dinares si sabe que te vas a Kuwait.

-¿Veinte dinares?

-Veinte, veinte.

-¿Hasta Bagdad?

-Directo

Pero le mintió. Se aprovechó de su ingenuidad de su ignorancia y lo engañó. Lo hizo bajar del camión después de un viaje en plena canícula, le dijo que tenía que dar la vuelta a H4 para evitar la policía de fronteras, pero que volvería a encontrarlo en la carretera.

-Pero si no conozco la región. ¿Quieres decir, si he entendido bien, tendré que caminar toda esa distancia alrededor de H4 con este calor?

Abdulabd golpeó de nuevo la aleta polvorienta de su camión. Estaban los dos completamente solos en medio del desierto, a una milla de H4.

-Pero. ¿qué te crees? Tu nombre está en la lista de todos los puestos fronterizos. Si me ven contigo, un conspirador sin pasaporte ni visado, ¿qué crees tú que pasará? ¡Anda, basta ya de caprichos! Eres fuerte como un toro y te conviene mover un poco las piernas. Nos volveremos encontrar en la carretera después de pasar H4.

Todos hablaban de caminos. Decían: “estás en el buen camino”, pero eran los primeros en no saber nada de caminos como no fuera el asfalto negro y los contenes. Como el hombre gordo de Basora, el “pasador”, que también repetía la misma historia.

-¿Es que no me oyes? Tengo mucho que hacer. Ya te lo dije: son quince dinares y te dejo en Kuwait. Bueno, tendrás que caminar un poco, pero

⁶ Ramallah, ciudad de Jordania, situada al norte de Jerusalén, en Cisjordania del sur, e incorporada a los territorios ocupados por Israel después de la guerra de junio de 1967.

eso no te hará daño, eres joven y robusto.

-Pero, ¿por qué no me escuchas tú a mí? Te dije que te pagaría cuando llegáramos a Kuwait.

-Llegarás, llegarás.

-¿Cómo?

-Te juro por mi honor que llegarás a Kuwait.

-¿Por tu honor?

-Te juro por mi honor que te encontraré detrás de H4. No tienes más que dar la vuelta a esa zona maldita y me encontrarás esperándote.

Dio una gran vuelta en torno a H4. El sol pegaba en la cabeza como puro fuego. Mientras escalaba aquellas lomas amarillas tenía la sensación de encontrarse completamente solo en el mundo. Arrastraba los pies en la arena como sí, después de haber tirado de una gran barca en la playa, las piernas se le hubieran vaciado de toda su sustancia. Atravesó terrenos rocoso, pardos, semejantes a cascos de metralla; escaló dunas bajas con cimas chatas de tierra amarilla, fina como la harina. ¡Ah!, ¿si me hubieran llevado al campo de concentración de Yafr en el desierto, no sería menos penoso que esto? ¡Tonterías! El desierto es el mismo en todos los sitios. Se envolvía la cabeza en una keffie⁷ que le había dado Abdulabd, pero de nada le servía contra los rayos candentes del sol. Por un momento pensó que hasta la keffie iba a arder en llamas. El horizontes se confundía en una amalgama de líneas anaranjadas... Pero decidió seguir caminando con firmeza e incluso cuando la tierra se transformó en hojas brillantes de papel amarillo, no aminoró el paso.

De pronto, las hojas amarillas empezaron a volar y se agachó para recogerlas.

-Gracias, gracias. Este maldito ventilador ha hecho volar las hojas, pero sin él no se puede respirar. ¡Ah!, ¿qué has decidido por fin?

-¿Estás seguro de que el guía que mandes con nosotros no huirá?

-¿Pero cómo va a huir, especie de imbécil? Serán más de diez, así que no veo cómo va a poder escapar de ustedes.

-¿Y hasta dónde nos llevará?

⁷ La kaffiyeh o la kuffiyeh (posiblemente en latín tardío del siglo VI), cofea (del español cofía), y éste a su vez del germánico kufia (casco). Pañuelo de tela de fondo blanco con cuadritos entrelazados rojos o negros, que se pliega en triángulo y se sujeta en la cabeza con el agal (ikkal), cordón originalmente de pelo de camello o de cabra y que hoy suele hacerse con hilos de algodón o de seda. En algunos países de Arabia Saudita y los Emiratos del Golfo Árabe, los príncipes y los ricos pueden llevar el agal hecho con hilos de oro. En los países del Golfo y de Arabia Saudita, la keffie se llama gutra. En los países del Golfo es siempre blanca o crema en Arabia de este mismo color, en verano, sino, de cuadritos rojos o negros. La keffie de cuadritos rojos está más extendida entre las poblaciones del desierto (Jordania, Siria), mientras que los campesinos sedentarios de Palestina, Siria, Líbano, etcétera, la llevan sobre todo de cuadritos negros y sin el agal, sencillamente cruzada debajo de la barbilla y con las puntas vueltas hacia atrás. Hay que señalar que la keffie o la gutra es un tocado exclusivamente masculino.

-Hasta el camino de Yahra, detrás de Mitla. Allí estarán en Kuwait.

-¿Tendremos que caminar mucho?

-Unas seis o siete horas.

Después de andar cuatro horas, llegó a la carretera detrás de H4. El sol se había ocultado tras las colinas, pero la cabeza le seguía ardiendo hasta tener la sensación de que le manaba sangre de la frente. Se sentó en una piedra y miró a lo lejos la carretera que se extendía como una raya recta y oscura. En su cabeza aturdida latían miles de ruidos confusos. Pensó que divisar en el extremo de la carretera un camión rojo sería algo absurdo, mera ilusión. Se puso en pie y volvió a escudriñar el camino. No conseguía ver con claridad. ¿Era la luz del crepúsculo o el sudor que le velaba los ojos? La cabeza le zumbaba como un enjambre de abejas. En un arranque, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-Abdulabd, ¡maldito sea tu padre!, ¡maldita sea tu raza!.

-¿Qué dices?

-¿Yo? Nada, nada. ¡Para cuándo es el viaje?

-Cuando sean diez, ¿sabes? No podemos mandar un guía por cada uno. Así es que hay que esperar a que sean diez. ¿Me das el dinero ahora mismo?

Apretaba con fuerza el dinero que tenía en el bolsillo, mientras pensaba. “Podré devolverlo en menos de un mes. En Kuwait se hace dinero en un abrir y cerrar de ojos”.

-No te hagas demasiadas ilusiones. Antes que tú se fueron cientos que volvieron sin un céntimo. Pero no importa, te daré los cincuenta dinares que me pediste. Quiero que sepas que eso representa el trabajo de toda una vida...

-Entonces, ¿por qué me los das si estás seguro de que no te los voy a devolver?

-Sabes muy bien por qué, ¿no? Quiero que empieces a abrirte camino aunque sea en el infierno para que después puedas casarte con Nada. No puedo pensar que mi pobre hija tenga que seguir esperándote por más tiempo. ¿Comprendes?

Sintió que la humillación le ponía un nudo en la garganta. Hubiera deseado arrojarle a la cara con violencia y desprecio los cincuenta dinares. ¡Casarlo con Nada! Pero, ¿quién le había dicho que quería casarse con ella? Sólo porque habían nacido los dos el mismo día y sus padres habían leído juntos Al-Fatiha.⁸ Para su tío aquello era el destino. Ya había rechazado cientos de pretendientes a la mano de su hija pues le decía que estaba prometida. ¡Qué diablos!, ¿quién le había dicho que quería casarse con ella? ¿Quién le había dicho que tuviera intenciones de casarse alguna vez? Y, ahora, se lo recordaba de nuevo. Quería comprarlo para su hija, como el que compra

⁸ Primera sura del Corán que se recita en ocasiones solemnes, tales como nacimientos, muertes, etcétera...

un saco de estiércol para el campo. Inmóvil en su sitio, apretaba el dinero en el bolsillo, lo palpaba, lo sentía suave, caliente, como si tuviera allí las llaves de su destino. Si se dejaba llevar por la ira que lo dominaba y devolvía el dinero a su tío, ¿cómo iba a arreglárselas para volver a encontrar esa cantidad?.

Intentó apaciguar su cólera y apretó los dientes con fuerza. La mano, en el bolsillo del pantalón, agarraba el dinero. Al cabo de un momento, logró reponerse:

-No, nada de eso. Te daré el dinero cuando todo esté listo para el viaje. Pasaré a verte todos los días... Vivo en una fonda muy cerca de aquí.

El hombre gordo esbozó una sonrisa y después estalló en una estrepitosa carcajada.

-Será mejor que no pierdas el tiempo, hijo mío. Todos los “pasadores” cobran lo mismo. En eso, estamos todos de acuerdo, así que no te canses. De todas maneras, puedes quedarte con el dinero hasta que le viaje esté listo. Eres libre..., ¿cómo se llama el hotel donde te hospedas?

-Hotel El Chott.

-¡Ah!, el hotel de las ratas.

Una rata saltó en la carretera. Sus ojitos brillaban a la luz de los faros. La joven rubia le dice a su marido, que conduce absorto:

-¡Un zorro!, ¿has visto?

El marido, un extranjero, rió:

-¡Ah, qué mujeres éstas! Hasta las ratas, hacen zorros.

Lo recogieron en el momento que el sol acababa de ponerse. Tiritaba de frío. Les había hecho una señal con la mano y el hombre detuvo el auto. Pegó la cara a la ventanilla y la mujer, asustada, tuvo miedo de él. Intentó recordar el inglés que había aprendido:

-Mi amigo tuvo que volver a H4 con el auto y me ha dejado...

El hombre no lo dejó continuar:

-¡Vamos, no mientas! Eres un clandestino. A mi tanto me da. Sube, te llevaré hasta Baakuba.

El asiento de atrás era cómodo. La mujer le dio una manta para que se cubriera, pero aún tiritaba. No sabía sí de frío, de miedo, o de fatiga.

El hombre preguntó:

-¿Has caminado mucho?

-No sé. Quizás cuatro horas.

-El guía te dejó plantado, ¿no es eso? Siempre hacen igual.

La mujer se volvió hacia atrás y preguntó:

-¿Por qué huyen todos de aquí?

Respondió el hombre:

-Es una historia larga de contar. Dime, ¿sabes conducir?

-Sí.

-Podrás conducir en mi lugar cuando hayas descansado algo. Puedo ayudarte a cruzar la frontera iraquí. Llegaremos allí a las dos de la mañana... a esa hora todos duermen.

Se sentía aturdido, incapaz de fijar la atención en un solo objeto.

Perdido en aquel aluvión de preguntas, no sabía ya ni por dónde empezar.

Intentó dormir un poco, aunque sólo fuera media hora.

-¿De dónde eres?

-De Palestina, de Ramlah.

-¡Ah!, Ramlah está lejos de aquí... Hace dos semanas estuve en Saida. ¿Conoces ese lugar? Me detuve allí un momento, un muchachito se me acercó y me dijo, en inglés, que su casa quedaba del otro lado de las líneas, detrás de las alambradas.

-¿Eres funcionario?

-¿Funcionario? ¡Por Dios! Ni el mismísimo diablo en persona se metería a eso. No, amigo mío, soy turista.

-Mira, mira, otro zorro. ¿No viste cómo le relucían los ojos?

-No, querida, es una rata. ¿Por qué te empeñas en que sea un zorro?

-¿Oíste lo que pasó hace poco cerca de Saida?

-No, ¿qué pasó?

-¡Ni el mismísimo diablo sabe lo que pasó! ¿Te vas a quedar en Bagdad?

-No.

-¡Uf! Este desierto está plagado de ratas. ¿Qué comerán?

El marido respondió con calma:

-Otras ratas más pequeñas.

La muchacha exclamó:

-¿De verdad? ¡Qué cosa más horrible! Las ratas son animales repugnantes.

El hombre gordo de Basora:

-Las ratas son repugnantes. ¿Cómo puedes dormir en ese hotel?

-Es barato

El hombre gordo se puso en pie, se le acercó y le pasó el brazo por el hombro:

-Pareces cansado, muchacho. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

-¿Yo?, nada de eso.

-Si estuvieras enfermo, avísame. Puedo ayudarte. Tengo muchos amigos médicos, pero no te preocupes, no te cobrarán nada.

-Gracias, estoy un poco cansado, eso es todo. ¿Tendremos que esperar

mucho para el viaje?

-No. Gracias a Dios son muchos. Dentro de dos días estarás en camino.

As'ad se volvió y se dirigió hacia la puerta. Todavía no había cruzado el umbral cuando a sus espaldas oyó al hombre gordo que soltaba una carcajada:

-¡Pero ten cuidado que las ratas no te coman antes del viaje!

MARWAN

Salió Marwán de la tienda del hombre gordo que hacía pasar a los clandestinos desde Basora a Kuwait y se encontró en la calle abovedada, llena de gente, de donde emanaba un olor a dátil y a cestos de mimbre. No sabía adónde ir. En la tienda se había desvanecido el último rayo de aquella esperanza que acariciaba desde hacía tiempo. Todo se había derrumbado allí dentro. Las palabras del hombre gordo, las últimas que había pronunciado, eran tajantes, definitivas, como ráfagas de plomo.

-Quince dinares, ¿o es que no me oyes?

-Pero...

-No, te lo ruego, ¿eh?, no empieces a lloriquear. Todos vienen aquí y después se ponen a gimotear como las viudas. Hermano, querido mío, nadie los obliga a venir. ¿Por qué no vas y preguntas a otro? Basora está repleta de “pasadores”.

Bueno, iría y preguntaría a otro, pero Hasán que trabajaba en Kuwait desde hacía cuatro años, le había dicho que pasar de Basora a Kuwait sólo costaba cinco dinares por persona y ni un céntimo más. También le había dicho que cuando tratara con el “pasador” se mostrara más hombre y más decidido para que no lo engañara al verlo tan joven.

-Me dijeron que el precio era cinco dinares por persona.

-¿Cinco dinares? ¡Ja, ja, ja, eso sería antes de Adán y Eva! Hijo mío, vuélvete, da tres pasos y te encontrarás en la calle si no quieres que sea yo quien te ponga en ella.

Todo cuanto le quedaba en el bolsillo no pasaba de siete dinares. Poco antes pensaba que era rico; en cambio, ahora... ¿Lo tomaba por un niño? Se armó de todo su valor e intentó adoptar un tono resuelto:

-Si aceptas siete dinares puedes darte por contento, si no...

-Si no ¿qué?

-Si no, te denunciaré a la policía.

El hombre gordo se puso de pie y después de dar la vuelta alrededor de la mesa, se plantó ante él, resollando y empapado en sudor. Lo observó un instante, lo midió de pies a cabeza con la mirada, y luego alzó su pesada mano en el aire:

-¿Con que quieres denunciarme a la policía, eh?, hijo de p...

Descargó la pesada mano en la mejilla de Marwán y éste perdió la última palabra en el zumbido infernal que le traspasaba los oídos. Por un instante no pudo conservar el equilibrio y retrocedió dos pasos mientras llegaba hasta él la voz del hombre gordo, ronca de ira:

-Lárgate y dile a la policía que te pequé... ¡Denunciarme a la policía...!

Permaneció en el mismo sitio un breve instante, sin moverse, lo suficiente para darse cuenta de lo vano que sería cualquier intento de recuperar su dignidad.

Mas bien sintió hasta los tuétanos que había cometido un error imperdonable. Se resignó a tragarse la humillación mientras la marca de los dedos le abrasaba la mejilla izquierda.

-¿Qué esperas ahí mirando?

Dio media vuelta y salió a la calle. Hasta él llegaba de plano el olor a dátil y a cestos de paja. ¿Qué iba a hacer ahora? Nunca había querido hacerse esa pregunta a sí mismo. Sin saber por que sentía una especie de satisfacción. ¿De dónde le vendría aquella sensación? Le hubiera gustado adivinar la causa. Era un sentimiento de euforia y de felicidad que no lograba separar de todos los sinsabores que se acumulaban en su pecho desde hacía media hora. Cuando fallaron todos sus intentos, se apoyó contra la pared y vio como la gente pasaba ante él sin volverse para mirarlo. Quizás fuera la primera vez que le sucedía una cosa así, encontrarse solo y extraño entre una muchedumbre como aquella.

Pero, ¿y aquél sentimiento difuso de gozo y de felicidad? Era la misma sensación que lo embargaba cuando, al terminar de ver una película sentía que la vida era grande e inmensa y que, como en el cine, llegaría a ser en el futuro de los que la viven a plenitud y gozan de toda la diversidad de cada hora, de cada instante. Pero, ¿por qué ahora esa sensación cuando desde hacía tiempo no veía ninguna película y además la chispa de esperanza que ardía en su corazón se había apagado hacía unos instantes en la tienda del hombre gordo? Nada, era inútil. Entre la decepción sufrida y el sentimiento de felicidad que invadía todo su ser, parecía alzarse un espeso velo que le impedía intuir lo que, sumido en el inconsciente, era la razón profunda de aquel sentimiento.

Decidió no estrujarse más el cerebro y seguir su camino. Se retiró de la pared y echó a andar entre la multitud, cuando sintió una mano que le daba una palmada en el hombro.

-No te pongas así que no es para tanto. ¿A dónde vas ahora?.

Un hombre alto había empezado a caminar a su lado con familiaridad. Al mirarlo, le pareció que ya lo había visto antes, en algún lugar. A pesar de ello, se alejó de él unos pasos y fijó en el desconocido una mirada interrogadora.

-Es un ladrón conocido, ¿quién te mando a él?

Después de titubear un poco, respondió:

-Todos vienen a él...

El hombre se le acercó y pasó su brazo a través del de Marwán como si lo conociera desde hacía tiempo.

-¿Quieres ir a Kuwait?

-¿Cómo lo sabes?

-Porque estaba de pie junto a la puerta de aquella tienda y te vi entrar y después salir... ¿Cómo te llamas?

-Marwán, ¿y tú?

-Me llaman Abuljaizarán.⁹

Por primera vez desde que lo viera, observó que su aspecto recordaba, en efecto, el de un junco. Era un hombre muy alto y esbelto, al tiempo que su cuello y sus manos daban una impresión de fuerza y robustez. Parecía como si, por alguna extraña razón, tuviera la facultad de plegarse en dos sin que por ello la columna vertebral ni los demás huesos se resistieran lo más mínimo.

-Bien, ¿qué quieres de mí?

Abuljaizarán fingió ignorar la pregunta:

-¿Por qué quieres ir a Kuwait?

-Quiero trabajar. Ya sabes cómo andan las cosas por aquí... Hace meses y meses que yo...

De pronto, calló y se detuvo. Ahora, sólo entonces, acababa de descubrir la razón de aquel sentimiento de alegría y de gozo que no había podido adivinar minutos antes. De pronto se abría ante sus ojos, o más bien se desplomaba por encanto, el muro de tinieblas que se interponía entre sus sentidos y su razón. Ahora lo veía todo con claridad. Era plenamente consciente, lúcido como nunca. Lo primero que había hecho por la mañana bien temprano había sido escribir una larga carta a su madre. Ahora se sentía aún más feliz porque aquella carta la había escrito antes de que fracasaran todas sus esperanzas en la tienda del hombre gordo y perdiera la alegría diáfana que había vertido en ella... Vivir algunas horas con su madre había sido algo maravilloso. Aquella mañana se había levantado muy temprano. El camarero había subido la cama a la azotea del hotel ya que con una canícula y una humedad así era imposible dormir en la habitación. Apenas salió el sol, abrió los ojos. El aire era tranquilo y delicioso y en el cielo azul revoloteaban palomas negras. Su aleteo se oía cada vez que describían un amplio círculo y rozaban con sus alas el piso de la azotea. El silencio era denso y profundo y el aire exhalaba un olor a humedad temprana y límpida. Echado boca arriba, extendió la mano hacia la pequeña maleta que había metido debajo de la cama, sacó un cuaderno y un lápiz y se puso a escribir una carta a su madre. Era lo mejor que había hecho desde hacía meses. Desde luego, nadie lo obligaba a ello, pero lo ansiaba con todas sus fuerzas. Su ánimo era puro y la carta era tan diáfana como el cielo en lo alto. No, sabía como se había atrevido a tratar a su padre de perro miserable. Pero no, no había querido tachar aquellas palabras; no quería tachar nada en toda la carta. No sólo porque su madre consideraba de mal agüero las palabras tachadas, sino porque tampoco él quería cambiar nada de cuanto había escrito.

⁹ Literalmente “padre del junco”. Además de las explicaciones que dimos en la nota 1. Ab y Um se unen a muchas palabras formando metonimias y expresiones metafóricas. Así, por ejemplo, Abulnaum, “padre del sueño”, significa la adormidera; Abulyakdan, “padre del color amarillo”, la ictericia. En el caso de Abuljaizarán, con este mote se expresa metafóricamente una cualidad de la persona a quien se nombra, es decir, su delgadez y su esbeltez (como el junco).

Por más que no detestaba a su padre tanto como eso. Era verdad que se había portado de manera repugnante, pero, ¿quién en su vida está libre de pecado? No es que no pudiera comprender su situación si fuera capaz de perdonarlo, pero, ¿podía él perdonarse a sí mismo ese crimen? “Te dejó con cuatro hijos... Te repudió sin ningún motivo para después casarse con esa mujer deforme. Cuando se dé cuenta un día de lo que hizo, no se lo perdonará a sí mismo. Yo no quiero odiar a nadie y, aunque quisiera, no podría, pero, ¿por qué hizo eso contigo? Ya sé que a ti no te gusta hablar de ello con ninguno de nosotros, lo sé, pero, ¿por qué crees que lo hizo?. Ahora todo ha pasado ya, se fue, y no tenemos esperanza de que vuelva con nosotros. Pero, ¿por qué hizo eso? Dime, ¿por qué? Yo te lo diré. Desde que dejamos de tener noticias de mi hermano Zacarías, todo cambió. Zacarías nos enviaba todos los meses de Kuwait unas doscientas rupias y con eso a mi padre le bastaba para tener algo de esa estabilidad con la que soñaba... pero cuando no hubo más noticias de Zacarías – esperamos que sea para bien- ¿qué crees tú que pensó él? Se dijo a sí mismo, o más bien nos dijo a todos nosotros, que la vida era algo curioso y extraño y que un hombre, cuando llega a viejo, es normal que quiera tener cierta estabilidad y no verse obligado a dar de comer a media docena de bocas. ¿No fue eso lo que dijo? Zacarías se fue, no hubo más noticias suyas. ¿Quién daría de comer a esas bocas? ¿Quién pagaría los estudios de Marwán?, ¿Quién compraría vestidos a May, y pan a Riad, a Salma y a Hasán? ¿Quién?.

“Era un pobre diablo. Tú lo sabes. Toda su ambición, toda, no era más que irse de la casa de adobe que ocupaba en el campo desde hacía diez años y vivir “bajo un techo de placa”, como decía él. Luego, Zacarías se fue. Todas sus esperanzas se derrumbaron, sus sueños se desvanecieron, sus ambiciones se esfumaron. ¿Qué crees tú que iba a hacer entonces?

“Su viejo amigo, el padre de Shafika, le propuso que se casara con su hija: le dijo que era dueña de una casa de tres habitaciones, comprada con el dinero que una organización benéfica había recaudado para ella. El padre de Shafika sólo quería una cosa: quitarse de encima a su hija, buscarle un marido que cargara con ella. Shafika había perdido la pierna derecha en el bombardeo de Jaifa y el padre, con un pie en la sepultura, quería bajar a ella tranquilo sobre el porvenir de su hija, a la que todos rechazaban a causas de su pierna, amputada desde la cadera. Mi padre meditó el asunto y se dijo que si alquilaba dos habitaciones y ocupaba con su mujer impedida la tercera, entonces viviría lo que le quedaba de vida tranquilo, sin pasar necesidades, y, lo que era más importante aún, “bajo un techo de placa”.”

-¿Quieres quedarte ahí parado hasta la eternidad?

Movió la cabeza y echó a andar. Abuljaizarán lo miraba con el rabillo del ojo y esbozaba una sonrisa que a Marwán se le antojó algo irónica.

-Estás muy pensativo, ¿qué té pasa? No hay que pensar tanto, Marwán.

Eres joven y la vida es larga.

Marwán se detuvo de nuevo, levantó la cabeza y lo miro de frente:

-Bueno y ahora dime de una vez qué es lo que quieres de mí.

Abuljaizarán siguió caminando como si tal cosa.

-Puedo pasarte a Kuwait.

-¿Cómo?

-Eso es asunto mío. Quieres ir a Kuwait, ¿no es eso? Pues aquí tienes al hombre que puede llevarte allí. ¿Qué más quieres?

-¿Cuánto me cobrarás?

-Eso no importa, es lo de menos.

-Sí que importa.

Rió Abuljaizarán con una amplia sonrisa y sus labios se entreabrieron dejando ver una hilera de dientes grandes y blancos.

-Te explicaré el asunto con toda franqueza. Yo, de todas maneras, tengo que ir a Kuwait y entonces me dije a mí mismo: ¿qué hay de malo en que te ganes un dinerillo si llevas a alguno de los que quieren pasar allí? ¿Cuánto puedes pagar?

-Cinco dinares.

-¿Sólo eso?

-No tengo más.

-Está bien, acepto.

Caminaba a grandes pasos con las manos hundidas en los bolsillos, mientras Marwán seguía detrás de él, trotando, para no perderlo entre la multitud. De pronto se detuvo, cruzó un dedo sobre los labios y dijo:

-Pero de esto, silencio, ni una palabra a nadie. Quiero decir que si le pido a otro diez dinares, no le vayas a decir que tú me diste sólo cinco.

-Pero, ¿cómo quieres que confíe en ti?

Reflexionó Abuljaizarán un instante y después con una ancha sonrisa, contestó:

-Tienes razón. Me darás el dinero en la plaza de Assafat en Kuwait, en el centro de la capital, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

-Pero necesitamos más viajeros y tienes que ayudarme a encontrarlos. Te pongo eso como condición.

-Conozco uno que se hospeda en la misma fonda que yo y que también quiere pasar a Kuwait.

-Estupendo. Yo conozco a otro. Es de tu misma aldea en Palestina. Lo encontré por casualidad hace unos días. Pero no te pregunté, ¿qué vas a hacer en Kuwait? ¿Conoces a alguien allí?

Se detuvo otra vez hasta que, tirándolo del brazo, Abuljaizarán lo obligo a seguirlo de nuevo al trote.

-Mi hermano trabaja allí.

Sin dejar de caminar a paso ligero, alzó los hombros y hundió el cuello de pronto como si su cuerpo se hubiera plegado igual que un acordeón.

-Y si tu hermano trabaja allí, ¿por qué quieres trabajar tú? Los de tu edad aún van a la escuela.

-Iba a la escuela hasta hace dos meses, pero ahora quiero trabajar para mantener a mi familia.

Abuljaizarán se detuvo, sacó las manos de los bolsillos, se las puso en las caderas y lo miró mientras reía:

-¡Ah!, ya veo. Tu hermano no volvió a enviarles dinero, ¿no es eso?.

Marwán hizo un gesto vago con la cabeza y sin responder siguió caminando hasta que Abuljaizarán lo retuvo por el brazo:

-¿Por qué? ¿Se casó?

Marwán lo miró atónito. Luego murmuró:

-¿Cómo lo sabes?

-¡Ah!, para eso no se necesita mucha perspicacia. Nada más que se casan, o tan pronto como se enamora, todos dejan de mandar dinero a la familia.

Marwán se sintió ligeramente decepcionado. No tanto por la sorpresa que le habían causado las palabras de Abuljaizarán, como por haber descubierto que aquel gran secreto, que con tanto celo guardaba para sí y que sólo él creía conocer, era del domino público, cosa sabida. Él, que se lo había ocultado a sus padres durante meses y meses... y ahora, de pronto, venía Abuljaizarán y le hablaba de ello como de algo archiconocido.

-Pero, ¿por qué hacen eso? ¿Por qué hacerlo a escondidas?

Se calló sin saber muy bien continuar. Abuljaizarán estalló en carcajadas.

-Me alegro de que vayas a Kuwait. Allí aprenderás muchas cosas. Primero, que el dinero es lo principal; segundo, que la moral viene después.

Al llegar a este punto, Abuljaizarán se despidió de él y le dio cita para después del mediodía. Marwán sintió que se desvanecía de nuevo aquel sentimiento de felicidad que lo invadía desde la mañana. ¿No era absurdo que la carta que había escrito a su madre pudiera ser la causa de aquella euforia que hasta lo había hecho olvidar, en parte, sus desgracias? Era una carta estúpida que había escrito bajo los efectos de la soledad y la esperanza, en la azotea de un fonducho miserable perdido en el último rincón del mundo. ¿Qué había de nuevo en lo que contaba? ¿Pensaba acaso que su madre no lo sabía todo ya? Entonces, ¿qué es lo que pretendía? ¿Quería acaso convencerla de que si su marido la había abandonado a ella y a sus hijos era, después de todo, algo natural y hasta bueno? Y si no, ¿a qué venía todo ese parloteo? Quería a su padre con toda su alma. Lo que sentía por él nada ni nadie lo podría destruir nunca. Pero eso no cambiaba en nada la triste realidad. Y la realidad era que su padre se había ido. Se había ido... Se había ido... Lo mismo que Zacarías, que después de

casarse, le había escrito una breve carta diciéndole que ahora le había llegado su turno a él, a Marwán, y que ya era hora de que dejara la escuela estúpida donde no se aprendía nada y se “echara al agua” como los demás. Toda su vida había sido el extremo opuesto de Zacarías. En realidad, se detestaban el uno al otro. Zacarías no comprendía por qué iba a tener que pasarse diez años enviando dinero a la familia, mientras Marwán seguía yendo a la escuela como un niño... Y además, ¡nada menos que quería hacerse médico! Un día se lo había dicho a su madre: Zacarías nunca comprenderá lo que significa hacer estudios, como que no había vuelto a pisar la escuela desde que se fue de Palestina para luego “echarse al agua” como le gustaba a él decir. Y encima, ahora iba y se casaba “a la chita callado” sin decir ni una palabra a nadie excepto a él, como si quisiera ponerlo frente a su conciencia. Pero él, Marwán, ¿acaso tenía la posibilidad de elegir? ¿Qué podía hacer sino dejar la escuela y ponerse a trabajar, “echarse al agua” de una vez y para siempre? Bueno, después de todo, ¡qué más daba!... dentro de poco estaría en Kuwait. Si Zacarías lo ayudaba, tanto mejor, sino, ya se las arreglaría para abrirse camino como los demás. Hasta el último céntimo que ganara se lo enviaría a su madre. La colmaría de bienes a ella y a sus hermanos. Haría de la casucha de adobe un paraíso para que su padre se mordiera los dedos de arrepentimiento. Por más que, después de todo, no detestaba a su padre hasta ese punto... porque la verdad era que él tampoco había dejado nunca de quererlos a todos ellos. La prueba la tuvo cuando fue a decirle adiós sin que su madre se enterara de que iba a casa de Shafika porque si no, se habría vuelto loca. Su padre le había dicho entonces:

-Sabes muy bien, Marwán, que yo no tuve arte ni parte en lo que pasó, fue el destino, así estaba escrito desde que existe el mundo.

-Le dijimos a tu madre que vinieras a vivir aquí, con nosotros, pero no aceptó. ¿Qué más podíamos hacer- le había dicho Shafika.

Estaba sentada encima de una piel de cabra, con la muleta al lado. De pronto, le había pasado por la cabeza: “¿Dónde le terminará el muslo?” era hermosa de cara, pero de rasgos acusados como los de esos enfermos a los que no hay esperanza de curar nunca. Con el labio inferior curvado, parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar.

-Ten- le había dicho su padre –toma estos diez dinares. Te servirán. Y no dejes de escribirnos.

Por fin se levantó para irse. Shafika le había abierto los brazos en señal de despedida y le deseó buen suerte con voz plañidera. Todavía no había cruzado la puerta cuando oyó que estallaba en sollozos,

-Que Dios te dé buena suerte, Marwán, mi leoncillo.

Su padre intentaba sonreír mientras le daba palmaditas amistosas en la espalda. Entretanto, Shafika había conseguido ponerse en pie con ayuda de la muleta. Había dejado de sollozar.

La puerta se cerró tras él. Durante algunos instantes todavía llegaba su oído el golpeteo monótono de la muleta sobre las baldosas. Después, al doblar la esquina, el sonido se apagó poco a poco en la lejanía hasta que cesó.

EL ACUERDO

Marwán y su compañero As'ad llegaron con algo de retraso a la cita con Abuljaizarán que los esperaba ya con Abu Kais en la acera de la avenida paralela al Chott. Los dos estaban sentado en un gran banco de cemento.

-Ya está reunida toda la banda, ¿no es así?- exclamó Abuljaizarán, mientras con una mano daba palmadas a Marwán en el hombro y tendía la otra para saludar a As'ad.

-Así que éste es tu amigo. ¿Cómo se llama?

Marwán contesta lacónico.

-As'ad.

-Déjeme ahora que les presente a mi viejo amigo Abu Kais. Ya está completo el grupo. No estaría de más que hubiera otro... pero, bueno, así basta, tampoco está mal.

-A lo que parece eres palestino –dijo As'ad- ¿Eres tú el que nos va a pasar a Kuwait?

-Sí, yo

-¿Cómo?

-Eso es asunto mío.

Rió As'ad con ironía y después, en un tono cortante, mientras arrastraba lentamente las palabras:

-No, señor, es asunto nuestro. Tienes que explicarnos todos los detalles. No queremos disgustos desde el principio

Abuljaizarán contestó, tajante:

-Les explicaré todo después que lleguemos a un acuerdo, pero no antes...

As'ad replico:

-No es posible que nos pongamos de acuerdo hasta que no sepamos todo de cabo a rabo. Que piensan ustedes, amigos?

Ninguno de los dos respondió y As'ad insistió:

-¿Qué piensa el tío Abu Kais?

-Lo que piensen ustedes.

-¿Qué piensas tú, Marwán?

-Yo, lo que digan ustedes.

As'ad dijo entonces con tono resuelto:

-Bien, no perdamos tiempo. Me parece que el tío Abu Kais no es muy ducho en estas lides, y para Marwán, es su primera experiencia. Yo soy perro viejo en estas artes. ¿Están de acuerdo con que hable en nombre de todos?

Abu Kais hizo un gesto con la mano en señal de asentimiento y Marwán movió la cabeza con un gesto afirmativo. As'ad se volvió entonces hacia Abuljaizarán:

-¿Ves?... Lo dejan todo en mis manos. Quiero decirte algo: todos somos

del mismo país. Nosotros queremos ganar algún dinero y tú también. Correcto. Pero las cosas tienen que ser como es debido, con todas las de la ley. Así que vas a explicarnos con todo detalle y a decirnos exactamente cuánto nos cobrarás. Y, por supuesto, el dinero te lo daremos cuando hayamos llegado, no antes.

Abu Kais:

-El amigo As'ad tiene razón. Tenemos que enterarnos de todo. Como dice el refrán: "lo que empieza con condición termina a satisfacción".

Abuljaizarán sacó las manos de los bolsillos y después de posarlas en las caderas, paseó con lentitud una mirada glacial por todos los rostros hasta detenerse en As'ad.

-En primer lugar, son diez dinares cada uno. ¿De acuerdo.

Abu Kais respondió:

-De acuerdo.

As'ad lo cortó en seco:

-Hazme el favor... me has encargado de este asunto, así que déjame hablar.

-Diez dinares es mucho. Un "pasador" profesional cobra quince y...

Abuljaizarán lo interrumpió:

-Veo que ya ni antes de empezar estamos de acuerdo. Eso era lo que yo temía. Diez dinares y ni un céntimo menos... Adiós.

Dio media vuelta como para irse, pero apenas había dado dos pasos lentamente cuando Abu Kais lo retuvo gritando:

-¿Por qué te enfadaste? No hacíamos más que discutir el asunto. El buen entendimiento hermano, necesita paciencia.

-Bueno, te daremos diez dinares. Pero, ¿cómo vas a llevarnos?

-¡Ah!, por fin, vamos al grano. Veamos.

Abuljaizarán se sentó en el banco de cemento, mientras los otros tres permanecían de pie en torno suyo. Ayudado por sus largas manos, se extendió en explicaciones:

-Tengo un camión con el que puedo pasar legalmente la frontera. ¡Ah!, tengo que decirles que el camión no es mío. Soy un hombre pobre, más que ustedes. Todo lo que tengo que ver con ese camión, es que soy el chofer. El dueño es un hombre muy rico y famoso. Por eso, no lo detendrán mucho tiempo en la frontera ni lo registrarán. Como les decía, el dueño del camión es persona conocida y respetada, el camión es conocido y respetado, y el chofer, también, por supuesto.

Abuljaizarán era un conductor hábil. Antes de 1948 había servido durante más de cinco años en el ejército británico en Palestina, y cuando dejó el ejército para unirse a un grupo de combatientes, tenía fama de ser el mejor conductor de camiones que pudiera encontrarse. Por ello, se recurrió a él, en Taira, para

conducir un viejo vehículo blindado del que se habían apoderado los hombres de la aldea después de un ataque de los judíos. Aunque no era experto en conducir blindados, no quería decepcionar a todos los que observaban desde ambos lados de la carretera. Por ello, se escabulló a través de la escotilla y el motor no tardó en empezar a zumbar. El blindado avanzó algo por la rampa de arena hasta parase en seco. Todos los intentos de Abuljaizarán para volver a ponerlo en marcha resultaron vanos. Grande fue la decepción de todos los hombres, y la suya aún mayor. Su experiencia en el mundo de la mecánica se había enriquecido, de todos modos, con una más, y hay que decir que ello le había servido de mucho, cuando entró a formar parte del equipo de choferes de Hay Rida en Kuwait.

Un día logró conducir un camión cisterna durante más de seis horas por un camino lleno de sal y de barro, sin atascarse como les sucedió a los demás de la caravana. El Hay Rida había salido con algunos de sus hombres al pasar varios días en el desierto, cazando. Pero la primavera era engañadora y, como al regreso el camino parecía blanco y firme, los choferes se lanzaron por él sin la menor aprensión. Y ha aquí que todos los automóviles, tanto los grandes como los pequeños, se estancaron en el barro uno tras otro. Abuljaizarán, que conducía su camión detrás de los demás, prosiguió su camino con destreza, sin el menor tropiezo. Cuando llegó a donde estaba el automóvil de Hay Rida, uno gris que estaba hundido tres cuartas partes en el barro, se detuvo, salió del camión y se acercó al mismo.

-¿Qué le parece si montara en mi camión? Para sacar del barro a esos autos se necesitan más de cuatro horas y en ese tiempo podrá usted estar de vuelta en su casa.

-¡Buena idea! Prefiero tener que soportar el ruido del motor de tu camión antes que quedarme aquí esperando cuatro horas.

Durante seis horas condujo Abuljaizarán su camión por aquel terreno engañador que, por estar recubierto en una capa muy fina de sal, daba la impresión de ser blanco y firme. Durante todo el trayecto, Abuljaizarán daba al volante pequeños movimientos leves y rápidos, ora a la derecha ora a la izquierda, de forma que las dos ruedas delanteras abrían un camino un poco más ancho del necesario.

El Hay Rida, satisfecho de la habilidad de Abuljaizarán, habló de ello a todos sus amigos durante meses. Pero todavía fue mayor su satisfacción cuando supo que Abuljaizarán había rechazado las numerosas ofertas que había recibido para trabajar con otra gente, tan pronto como empezaron a correr las noticias sobre su destreza. Lo llamó a su presencia y, después de felicitarlo, le aumentó algo el sueldo. Pero lo más importante era que el Hay Rida imponía como condición que Abuljaizarán lo acompañara a todas las cacerías o a cualquier otro viaje que hiciera.

La semana anterior había salido con una caravana de automóviles a una cacería organizada especialmente para los invitados que recibía en su casa. Abuljaizarán tenía el encargo de conducir el camión cisterna y acompañar a la caravana durante toda la cacería para suministrar agua a los participantes en la expedición, la cual duraría más de dos días. Pero la caravana se había adentrado tanto en el desierto que, al regreso, el Hay Rida había preferido seguir otro camino que llevaba a Al-Zubair, desde donde podía tomar la carretera principal hasta Kuwait. Abuljaizarán podría haber estado en aquel momento en Kuwait con el resto de la caravana si no hubiera sido porque su camión había tenido una pequeña avería que lo obligó a permanecer dos días más en Basora para repararla. Después alcanzaría a los que habían precedido.

-¿Así que lo que quieres es aprovechar el viaje de regreso para llevarnos en la cisterna del camión?

-Exacto. Me dije a mí mismo: ¿por qué no aprovechas esta ocasión y te ganas un dinero ya que estás aquí y que el camión no lo registras?.

Marwán miró a Abu Kais y después a As'ad, quienes le devolvieron la mirada con un gesto de interrogación.

-Escucha, Abuljaizarán, este juego no me gusta. ¿Cómo se te puede ocurrir semejante cosa? Con un calor como el que hace, ¿quién se va a sentar en una cisterna cerrada?.

-No dramaticemos las cosas. No sería esta la primera vez... ¿Sabes lo que pasará?, pues que bajarán a la cisterna cincuenta metros antes del puesto fronterizo en Safwan. Allí me detendré menos de cinco minutos, y cincuenta metros después volverán a salir arriba. Luego, precisamente antes de la frontera, repetiremos la función otros cinco minutos, y ¡completo!, se encontrarán en Kuwait.

As'ad bajó la cabeza y fijó la mirada en el suelo por breves instantes mientras se mordía el labio inferior. Marwán se puso a jugar con una frágil caña, y Abu Kais miraba con insistencia a Abuljaizarán. Marwán rompió el silencio:

-¿Y habrá agua en la cisterna?

Estalló Abuljaizarán en una carcajada y As'ad no pudo menos que sonreír ante la pregunta.

-Por supuesto que no. ¿Qué es lo que te crees? Soy “pasador”, no profesor de natación.

Y como si la idea le hubiera gustado, rió con estridencia, mientras se daba golpes en las nalgas y giraba sobre sus talones.

-¿Conque crees que soy profesor de natación, eh? No, muchacho, la cisterna hace seis meses que no ve el agua.

As'ad contestó con calma:

-Creía que habías transportado agua hace sólo una semana para esa cacería...

-¡Uf!, ya sabes lo que quería decir...

-No, no lo sé.

-Quería decir hace diez meses. La gente exagera a veces... Y ahora, ¿qué?, ¿llegamos a un acuerdo? Terminemos de una vez esta reunión que si nos oyen puede ser peligroso.

Abu Kais se preparaba para decir la última palabra, pero antes de abrir la boca su mirada recorrió los rostros de los demás, y se detuvo en As'ad como esperando ayuda de él. Después se acercó a Abuljaizarán:

-Escucha, Abuljaizarán, soy un pobre diablo que no entienda nada de todos estos líos... pero esa historia de la cacería no me gusta. Nos dijiste que habías llevado agua para el Hay Rida y ahora nos vienes con que la cisterna del camión no ha oído el agua desde hace seis meses. Te diré con franqueza, y espero que no te ofendas, que hasta dudo que tengas un camión.

Abu Kais se volvió hacia los demás y prosiguió con voz afligida:

-Prefiero pagar quince dinares y atravesar el desierto con un “pasador”. No quiero más problemas.

Abuljaizarán volvió a reír, elevó el tono de voz, y dijo:

-Anda, ve y haz la prueba. ¿Crees que no conozco a esos “pasadores”? Los dejarán abandonados a mitad del camino. Se esfumarán como un terrón de sal en el agua y después serán ustedes los que se derretirán bajo la canícula de agosto sin que nadie piense en su suerte. Ve, ve y haz la prueba. Otros muchos lo intentaron antes que tú. ¿Por qué crees que se hacen pagar antes?

-Pues conozco a muchos que llegaron gracias a esos “pasadores”.

-Un diez por ciento como mucho. Puedes ir y preguntarles. Todos te dirán que al final del camino llegaron sin “pasador” y sin guía y que, si se salvaron, fue gracias a su buena estrella.

Al escuchar aquellas palabras, Abu Kais quedó inmóvil, como petrificado, parecía por un momento que fuera casi a desplomarse. Al verlo en aquel estado, Marwán se dio cuenta, de pronto, que Abu Kais tenía un parecido asombroso a su padre. Lo contemplaba absorto, incapaz de atender a ninguna otra cosa. Al fin apartó la mirada de él... Abuljaizarán había empezado a chillar:

-Tienen que decidirse rápido. No tengo tiempo que perder. Se los juro por mi honor.

As'ad contestó con voz glacial:

-Deja el honor a un lado, que las cosas van mejor cuando no se jura por el honor.

Abuljaizarán se volvió hacia él:

-Ahora, señor As'ad, usted que es hombre inteligente y con experiencia, ¿qué opina?

-¿Qué opino sobre qué?.

-Sobre el asunto.

Sonrió As'ad, pero al ver que Abu Kais y Marwán esperaban oír su decisión, empezó a hablar en tono pausado y sarcástico:

-En primer lugar, permítenos que no creamos ni una sola palabra de toda esa historia de la cacería. Me parece que el Hay Rida y tú trabajan juntos en eso del contrabando. Permíteme un momento, déjame terminar. El Hay Rida piensa que pasar a la gente clandestinamente en el viaje de vuelta es coser y cantar. Por eso, lo deja a cargo tuyo. Tú le dejas a él, a cambio, el contrabando de las cosas importantes... y una parte razonable de los beneficios. O si no, puede que el Hay Rida no esté enterado de que te dedicas a pasar gente en el viaje de vuelta.

Sonrió Abuljaizarán y mostró de nuevo sus blancos dientes como si no quisiera responder a As'Ad. Marwán intervino de pronto:

-¿Y la historia de la cacería?

-¡Uf! esa historia es para los del puesto fronterizo, pero Abuljaizarán no pensó que había ningún mal en contárselas.

Su sonrisa se hizo aún más amplia mientras pasaba la mirada de uno a otro sin pronunciar palabra. Por un momento pareció que fuera un tonto.

-Pero el Hay Rida, ¿qué es lo que pasa de contrabando? –preguntó Abu Kais- Antes dijiste que era rico.

Todas las miradas se posaron en Abuljaizarán, quien, de pronto, dejó de sonreír y su rostro adoptó, de nuevo, un gesto de indiferencia y de autoridad. Después, dijo tajante:

-Bueno, basta ya de dimes y diretes. Señor As'ad, no debe usted creerse tan listo como pretende. ¿Qué han decidido ustedes?.

-A mí lo único que me importa es llegar a Kuwait. Lo demás tanto me da. Por eso, me iré con Abuljaizarán.

Marwán exclamó con entusiasmo:

-Yo también, iré con ustedes dos.

Y Abu Kais agregó con timidez:

-Yo estoy ya viejo, pero, ¿creen ustedes que podré acompañarlos?

Rió Abuljaizarán con estrépito y después pasó su brazo por el de Abu Kais:

-Vamos, vamos, Abu Kais, ¿quién te metió eso en la cabeza? ¿Fue Im Kais? Nada de eso, tú vienes con nosotros.

Caminaron juntos unos pasos, mientras Marwán y As'ad permanecían de pie cerca del banco de cemento. Abuljaizarán volvió la cabeza y les gritó por encima del hombro:

-Abu Kais dormirá en el camión conmigo. Mañana bien temprano pasaré a recogerlos, tocaré la bocina delante del hotel.

EL CAMINO

Subir el techo del camión no fue demasiado difícil. Aunque arriba el sol quemaba sin piedad, con la velocidad corría un vientecito que mitigaba el calor infernal. Para la primera parte del viaje, a Abu Kais y a Marwán les había tocado ir arriba, mientras que As'ad iba sentado en la cabina junto al chofer. As'ad se decía para sus adentros: “Al viejo pronto le tocará sentarse aquí a la sombra. Por ahora no hay que preocuparse, el sol todavía es soportable, pero cuando sean las doce, ¡vaya si tendrá suerte de estar aquí dentro!”

Abuljaizarán le hablaba y se esforzaba porque su voz se oyera por encima del rugido del motor:

-¿Ves esos cincuenta kilómetros? Son como el camino que Dios nos ha prometido que atravesaríamos en el más allá antes de ir al infierno o al cielo. El que cae, va al infierno, el que lo atraviesa, va al cielo. Sólo que aquí los ángeles son los aduaneros.

Estalló en carcajadas mientras gesticulaba con las manos y la cabeza sobre el volante, como si no fuera él, sino otro, el que acabara de soltar aquella ocurrencia.

-¿Sabes?, tengo miedo de que la mercancía se nos eche a perder allá arriba.

Hizo un gesto con la cabeza para señalar el techo de la cisterna donde iban sentados el viejo y Marwán. Después estalló de nuevo en carcajadas.

-Dime, Abuljaizarán, ¿nunca te has casado?

-¿Yo?

Su voz sonaba extraña. El rostro, antes jovial, se le había ensombrecido de pronto. Para tratar de vencer su emoción, dijo con una voz que quería ser natural:

-¿Por qué me lo preguntas?

-No, no nada... Me decía que llevas una vida estupenda. No tienes a nadie que te retenga aquí ni allá, y puedes volar donde se te antoje, volar, volar, volar, libre como los pájaros.

Abuljaizarán levantó la cabeza y cerró a medias los párpados para protegerse de los rayos del sol que daban en el parabrisa.

La luz era intensa, cegadora, hasta el punto que no se podía ver nada. Sentía un dolor horrible como si le clavaran un tornillo entre las nalgas. Luego terminó por darse cuenta de que estaba con las dos piernas suspendidas hacia arriba atadas a unas anillas, mientras mucha gente se afanaba a su alrededor. Cerró los ojos; después, los abrió cuanto pudo. La luz del proyector, suspendido encima de su cabeza, le cegaba la vista y le impedía ver el techo. Atado en aquella posición

extraña, no conseguía recordar mas que una sola cosa de lo que hasta entonces le había sucedido. Corría con los demás hombres armados cuando algo como el infierno explotó ante él y lo hizo caer de bruces. Eso era todo. Pero ahora, aquel dolor atroz que le atenazaba los muslos y la luz del enorme proyector suspendido encima de los ojos, que lo obligaba a apretar los párpados con todas sus fuerzas cuando lo que él quería era ver lo que pasaba a su alrededor... De pronto se le ocurrió una idea horrible y se puso a gritar como un loco. Sintió que una mano envuelta en un guante viscoso le tapaba la boca, y sin poder recordar quién era el que le hablaba entonces, llegó hasta él una voz como si fuera a través del algodón:

-Sea usted razonable. De todos modos, esto es mejor que la muerte.

No sabía si habrían oído el alarido que se le escapó de entre los dientes, mientras las mano viscosa seguía tapándole la boca o sí aquel grito se había ahogado en su garganta. Pero, en todo caso, desde entonces oía sin cesar aquella voz como si fuera otro quien le gritara al oído: ¡Antes la muerte!

Ahora, habían pasado diez años desde aquel horrible drama. Diez años habían pasado desde que le habían tenido que amputar su virilidad. Día tras día, hora tras hora, vivió aquella vergüenza, se la tragó con orgullo, la analizó a fondo cada segundo de aquellos diez años pero, a pesar de ello, nunca pudo acostumbrarse, nunca la aceptó. ¡Diez años para tratar de aceptar las cosas como eran! Pero, ¿qué cosa? ¿Admitir fácilmente que había perdido su virilidad por la patria? ¿Qué había ganado con ello? Perder la virilidad y perder la patria. ¡Que se vayan al diablo todos ellos...!

No, ni diez años después había podido olvidar su desgracia ni hacerse a aquella idea. Ni siquiera pudo aceptarla cuando lo rajaban con el escalpelo y trataban de convencerlo de que perder la virilidad era mejor que perder la vida. ¡Dios de los infiernos! Eso es lo único que saben, nada, y después se empeñan en enseñar a todo el mundo. ¿O sería que era incapaz de aceptar? Desde el primer momento había decidido que no aceptaría. Si, así era, había sido incapaz de ver las cosas cara a cara. Incluso, sin darse cuenta de lo que hacía, había huido del hospital antes de estar completamente curado, como si con eso pudiera arreglar las cosas. Tardó mucho tiempo antes de acostumbrarse a una vida normal. Pero, ¿se había acostumbrado? Todavía no. Cada vez que alguien le preguntaba por casualidad: “¿Por qué no te casas?”, sentía de nuevo aquel dolor atroz que se le clavaba entre los muslos como si siguiera echado bajo la luz cegadora del proyector, con las piernas en alto.

La luz era tan cegadora y tan intensa que los ojos le empezaron a llorar. En aquel momento, As'ad extendió la mano y bajó el parasol para que le diera la sombra en la cara.

-Así esta mejor, gracias. ¿Sabes que Abu Kais es un hombre con suerte?

As'ad notó que Abuljaizarán quería combar el tema de conversación que él había iniciado con su pregunta sobre el matrimonio y se prestó de buena gana a seguirle la corriente:

-¿Por qué?

-Si el destino hubiera querido que se fuera con uno de esos “pasadores”, no habría llegado a Kuwait a menos que ocurriera un milagro. Ni más ni menos, ni menos ni más.

Abuljaizarán había cruzado los brazos sobre el volante y apoyando el pecho encima.

-Tú no sabes qué cosas pasan allí... Ninguno de ustedes tiene la menor idea. Pregúntenme a mí, pregúntenme. Conozco montones de historias, tantas como pelos tiene un gato.

-El hombre gordo parecía buen persona. Yo me había decidido por él.

Abuljaizarán inclinó la cabeza y se enjugó el sudor de la frente con el dorso de las manos agarradas al volante.

-El hombre gordo no atraviesa la frontera contigo y no sabe lo que pasa...

-¿Qué es lo que pasa?

-Tengo un primo llamado Hasanain que una vez atravesó clandestino la frontera y después de andar durante más de diez hora, cuando empezó a oscurecer, el “pasador” le indicó unas luces a lo lejos y le dijo que aquello era Kuwait y que llegaría allí después de caminar media hora. ¿Sabes lo que pasó?, que aquello no era Kuwait, sino una aldea perdida de Irak. Podría contarte miles de historia como ésa. Como la de aquellos hombres, igual que perros sedientos, buscaban agua aunque sólo fuera para mojarse la boca, ¿y qué crees que pasó cuando vieron unas tiendas de beduinos? Tuvieron que comprar el trago con todo el dinero que llevaban, o dar los anillos de boda y los relojes... Dicen que Hatem¹⁰ era beduino, pero es una mentira como una casa. Aquellos tiempos ya pasaron Abu Sa'ad,¹¹

ya pasaron, pero ustedes siguen sin entenderlo. Creen que el hombre gordo lo puede todo. Conozco a un tipo que se quedó solo durante cuatro días en el desierto y cuando lo recogió un automóvil en el camino de Yahra, estaba a punto de exhalar el último suspiro. ¿Sabes lo que hizo? Sólo quería una cosa en esta vida: recuperar fuerzas para después volver enseguida a Basora, otra vez por el desierto si fuera necesario, ¿sabes por qué? Me dijo que quería volver a Basora para agarrar por el cuello al hombre gordo y retorcérselo.

¹⁰ Hatem Attal, legendario héroe árabe, famoso por su generosidad

¹¹ La utilización de Ab o de Um, seguidos de otro nombre está extendido que incluso a las personas solteras se les da a veces ese mote, en general, se transforma un poco el nombre de la persona a base de **otra palabra** de la misma raíz, precedida de Ab o de Um. Así, por ejemplo, As'ad es un comparativo que significa “más feliz, mas afortunado”, y Sa'ad quiere decir “buena suerte, buena fortuna”, ambos de la raíz sa'ida, ser feliz, ser afortunado.

Luego que fuera lo que Dios quisiera. Había salido de Gaza con dos de sus amigos de la infancia, atravesó Israel, Jordania e Irak... Después el “pasador” los abandonó en el desierto antes de atravesar la frontera de Kuwait. Enterró a sus dos amigos en tierra extraña, sólo guardó los carnés de Identidad con la esperanza de que una vez en Kuwait, podría enviárselos a la familia. No quería recibir consejo de nadie. Decía que no quería ni olvidar ni perdonar. Después de menos de un mes volvió a Irak, pero lo agarraron y ahora hace ya dos años que está en la cárcel. ¿Qué te crees? Vienes a nosotros como niños de escuela pensando que la vida es fácil. ¿Acaso crees que Abu Kais no se jugaba la vida?, pero sería el que perdería. Estoy tan seguro de ello como de este maldito sol. Mañana cuando estés en Kuwait te acordarás de mí para bien y dirás: lo que decía Abuljaizarán era cierto. Después bendecirás mil veces a Dios por haber sido yo quien te salvó de las garras del hombre gordo... ¿Has visto alguna vez en tu vida un esqueleto sobre la arena?

-¿Qué quieres decir?

-Te pregunto que si has visto alguna vez en tu vida un esqueleto sobre la arena.

-No...

Abuljaizarán giró el volante bruscamente para sortear un enorme bache. El camión comenzó a atascarse y a vibrar en un camino lleno de altibajos. As'ad sintió que estaba a punto de echar los intestinos por la boca.

-Habrías visto muchos si hubieras hecho el camino con una “pasador”... Aunque, de todos modos, eso no te habría dicho nada...

-¿Por qué?

-Porque estarías demasiado ocupado para pensar en ello o, como decía Hasanain, porque hubieras preferido no pensarlo.

As'ad sonrió con la expresión estúpida del que no sabe muy bien qué responder. Después, dio un golpecito a Abuljaizarán en el costado y le dijo:

-¿Por qué no trabajas en esto de pasar a la gente clandestina?

-Pero si no me dedico a eso, no es mi oficio.

As'ad rió dando una palmada en el hombro de Abuljaizarán:

-Entonces, ¿cómo le llamas tú a eso?

-¿Quieres que te diga la verdad? Lo que quiero es más dinero, más y más dinero. Un día me di cuenta de que era difícil amansar una fortuna por medios honrados. ¿Has visto qué ser más despreciable soy? Tengo algo ahorrado y dentro de dos años dejaré todo y me instalaré. Quiero descansar, echarme panza arriba a la sombra y pensar o no pensar, es igual, pero, en todo caso, no volver a moverme más. Estoy cansado de trajinar toda la vida más de la cuenta. ¡Dios mío!, ya estoy requeteharto...

Abuljaizarán paró el motor y después de abrir la portezuela saltó al suelo:

-¡Vamos!, ahora empieza lo serio. Voy a abrir la puerta de la cisterna. Dentro debe ser un infierno.

Subió despacio la escalerilla de hierro y empezó a manipular en la trampa. Marwán lo observaba absorto y pensaba en lo fuertes que eran los brazos de Abuljaizarán. Todos chorreaban sudor. La camisa de Abuljaizarán estaba completamente empapada y su rostro parecía como si estuviera embadurnado de barro. Abrió la portezuela con un chirrido, levantó la tapa circular de hierro y la colocó en posición vertical a las bisagras. El interior aparecía cubierto de orín. Sentado al borde de la trampa con las piernas colgadas hacia dentro, se enjugaba el sudor con un pañuelo rojo que llevaba siempre enrollado al cuello debajo de la camisa. Casi sin aliento, dijo:

-Les aconsejo que se quiten las camisas. El calor aquí es terrible, es algo asfixiante. Van a sudar como si se frieran en una sartén, pero será sólo por cinco o seis minutos. Iré todo lo más de prisa posible. Dentro hay unos barrotos. Será mejor que se agarren bien a ellos, si no van a rodar de un lado para otro como bolas. Y quítense los zapatos.

Los tres permanecían en pie en el suelo, sin moverse. Abuljaizarán se incorporó y después saltó a tierra, mientras trataba de bromear:

-Casi se podría dormir dentro si hiciera menos calor...

Abu Kais miró a Marwán y después ambos a As'ad. Este, bajo el peso de aquellas miradas, avanzó dos pasos y después retrocedió y se detuvo.

Abuljaizarán lo observaba.

-Les aconsejo que anden algo más ligeros. Todavía es temprano, pero, dentro de poco, la cisterna será un verdadero horno. Pueden llevar con vosotros esta vasija con agua, pero no echen mano de ella cuando sientan que el camión está parado.

Por fin, Marwán se decidió y avanzó hacia la escalerilla de hierro. As'ad se le adelantó y trepó con rapidez. Una vez arriba, se agachó y después, a través de la tapa abierta, metió la cabeza dentro de la cisterna. Un segundo después se incorporó.

-¡Esto arde! ¡Es un infierno!

Abuljaizarán extendió sus grandes manos en gesto de impotencia.

-Ya se los había advertido antes...

Marwán fue el segundo en subir. Metió la cabeza por la trampa y después se incorporó con el rostro contraído por el terror. Abu Kais se unió a ellos, resoplando. Desde abajo Abuljaizarán les gritó:

-Si a alguno le entran deseos de estornudar, ¿saben lo que tienen que hacer?

As'ad sonrió visiblemente desconcertado, mientras Marwán miraba hacia abajo y Abu Kais parecía no haberse enterado muy bien de la pregunta.

-Hay que poner un dado debajo de la nariz, bien derecho... así...

Abuljaizarán imitó el gesto, poniendo cara de payaso. As'ad respondió:

-No creo que ninguno de nosotros vaya a estornudar en el horno... Por ese lado, no tienes por qué preocuparte.

Con las manos en las caderas, As'ad permanecía en pie junto a la trampa y agachaba la cabeza como si quisiera ver lo que había dentro. Mientras tanto, Abu Kais se había quitado la camisa y mostraba el velludo pecho cubierto de pelos blancos y las clavículas salientes. Después de plegarla con cuidado, se la puso debajo de la axila y se sentó al borde de la trampa con las piernas colgando hacia dentro. Primero arrojó la camisa y después empezó a bajar despacio, rígido, apoyando los brazos en el borde e la trampa. Cuando los pies empezaron a tocar el fondo de la cisterna, soltó los brazos y dejó que el cuerpo se deslizara con cuidado.

As'ad se asomó y gritó:

-¿Qué tal ahí dentro?

Una voz que parecía salir de lo más profundo del abismo, retumbó:

-Maldita cisterna... ¡Anda, ven!

As'ad miró a Marwán que se había quitado ya la camisa y permanecía de pie esperando su turno, mientras Abuljaizarán volvía a trepar por la escalerilla.

-¿A quién le toca ahora?

-A mí.

Marwán se acercó a la trampa y se colocó de espaldas a ella. Echado sobre el vientre, metió primero las piernas y después deslizó el cuerpo con habilidad. Sólo quedaban las manos agarradas aún por un instante al borde de la trampa. Por fin, también éstas desaparecieron.

As'ad siguió a sus compañeros sin quitarse siquiera la camisa. Cuando desaparecieron en el interior de la trampa, Abuljaizarán se asomó para tratar de ver cómo iban las cosas dentro, pero fue en vano. Cada vez que se agachaba, su cuerpo ocultaba la luz que se filtraba a través de la trampa y le impedía ver el interior. Por último, gritó:

-¡Eh!

Desde dentro una voz respondió:

-¿Qué esperas? ¡Date prisa! Estamos a punto de asfixiarnos.

Cerro la tapa con rapidez dando dos vueltas a la manecilla. Después saltó al asiento y aún antes de cerrar la portezuela arrancó el camión. Otra vez a tragar camino...

La carretera estaba llena de baches que sacudían el camión y hacían que traqueteara sin cesar... Con aquel vaivén se hubieran batido huevos para una tortilla más rápido que con una batidora eléctrica... En aquellos momentos una sola idea lo obsesionaba. Por Marwán no había que preocuparse, era joven. Tampoco por As'ad, que era un muchacho robusto. Pero, ¿y Abu Kais? Los dientes le castañeaban como al que está a punto de morir en el hielo, con la

diferencia de que aquí no era precisamente de frío de lo que uno podía quejarse. Podía disminuir las sacudidas si aceleraba, si aquel tanque infernal rodara a una velocidad de más de 120 en vez de los 90 que la aguja indicaba. Pero si fuera más de prisa, ¿cómo estar seguro de que el camión no se volcaría en aquella maldita carretera? No le importaba que se volcara, no era suyo, pero, ¿y si, de pronto, daba una vuelta de campana y quedaba con las ruedas hacia arriba? Y además, ¿quién le decía que el motor soportaría esa velocidad con aquel calor y aquella carretera? Los fabricantes siempre ponían en el contador cifras muy elevadas que la prudencia de un buen conductor aconsejaba no sobrepasar.

No disminuyó la marcha hasta llegar a Safwan. Allí, sin levantar ni un ápice los pies del acelerador y dando un vasto viraje que levantó un enorme redondel de polvo, tiró en la plaza hacia izquierda en dirección del puesto fronterizo. No levantó los pies del acelerador hasta pisar a fondo los frenos ante la puerta del puesto, donde penetró como una flecha.

La plaza de Safwan, donde estaba la aduana, era grande y arenosa. En medio de ella, un gran árbol solitario extendía sus largas ramas y arrojaba una inmensa sombra. Alrededor, se alzaban edificios con puertas bajas de madera y en el interior los despachos eran un hervidero de gente, siempre atareada. Abuljaizarán invadió la plaza con su alta estatura sin ver a nadie, excepto a algunas mujeres sentadas a la sombra del árbol, envueltas en sus abas¹². Junto a la fuente había uno o dos niños. El ordenanza, sentado en su vieja silla de paja, dormitaba.

-¡Qué prisas llevas hoy, Abuljaizarán!

-Sí, el Hay Rida me espera. Si me retraso, me echa.

-¿Echate el Hay Rida? No tengas miedo que no podrá encontrar otro como tú.

-¡Bah! Hay miles así, la tierra está plagada... no tiene más que hacer un gesto y caerán encima de él como moscas.

-¿Llevas algo que declarar?

-Sí, armas, tanques, blindados, seis aviones y dos cañones.

El hombre de la aduana estalló en una carcajada, mientras que Abuljaizarán le arrancaba con habilidad los papeles que tenía en las manos y se lanzaba hacia fuera, diciéndose para sus adentros que lo más difícil ya había pasado. Entró en otro despacho y después de permanecer allí un minuto, volvía a salir y con la velocidad del rayo, arrancaba el motor y rompía el silencio que pesaba sobre Safwan. De nuevo el camino...

El camión avanzaba como una saeta y dejaba tras de sí una estela de polvo. El rostro de Abuljaizarán chorreaba gotas de sudor que le confluían en

¹² Túnica larga, generalmente negra, que llevan las mujeres y que las cubre desde la cabeza hasta los pies

la barbilla. El sol era puro fuego y el aire ardiente estaba impregnado de un polvo fino como la harina. “Nunca en mi vida sentí un calor como éste. ¡Maldita sea!” Se desabrochó la camisa y se pasó los dedos por los pelos del pecho, empapados de sudor. La carretera era ahora más llana y el camión no traqueteaba tanto como antes. Apretó la velocidad y la aguja del contador saltó de pronto como un perro atado a una estaca. Miró hacia delante con los ojos velados por el sudor y divisó el alto de la pequeña colina. Detrás de ella, Safwan quedaba oculto a la vista. Era allí donde había decidido detenerse. Volvió a apretar el acelerador para tomar con impulso la subida de la pendiente y sintió que un músculo de la pierna se le agarrotaba hasta hacerle daño. El camión roncaba con estrépito mientras tragaba camino. El parabrisas reverberaba y el sudor le abrasaba los ojos. La cima del cerro le parecía inalcanzable, tan lejana como la misma eternidad. ¡Por Dios todopoderoso! ¿Cómo era posible que la cima de una colina pudiera ser la causa de aquel desasosiego, de aquella desazón, de aquel tropel de sensaciones que le bullían en la sangre y le abrasaban la piel, sucia de barro y de sudor salado? ¡Dios mío! ¡Tú que nunca estuviste a mi lado! ¡Tú que nunca te ocupaste de mí! ¡Tú, en quien jamás creí! ¿No podrías estar conmigo por esta vez, aunque sólo fuera por esta vez? Parpadeó varias veces para quitarse el sudor que le velaba los ojos y cuando volvió a abrirlos surgió ante su vista la cima del cerro. ¡Por fin! Apagó el motor y dejó que el camión se deslizara un poco. Después lo paró y, de un salto, subió al techo de la cisterna.

Marwán fue el primero en salir. Extendió los brazos hacia arriba y Abuljaizarán lo tiró con fuerza hacia sí y después lo dejó tumbado encima de la cisterna. Abu Kais asomó la cabeza: intentó salir por sí solo sin conseguirlo. Terminó también por extender los brazos para que Abuljaizarán lo ayudara a subir. Por último, As’ad consiguió trepar él solo hasta el orificio. Ya no llevaba la camisa.

Abuljaizarán se sentó en el techo de la cisterna que ardía como fuego. Resollaba. Parecía como si de pronto hubiera envejecido. Mientras tanto Abu Kais se había deslizado con suavidad hasta tocar las ruedas y se tumbó, después boca abajo a la sombra del camión. As’ad seguía arriba de pie y respiraba a fondo con todo el pecho. Parecía como si quisiera decir algo y no pudiera. Por último murmuró casi sin aliento:

-¡Uf! ¡Vaya frío que hacía ahí adentro!

Tenía la cara amoratada y empapada en sudor. El pantalón le chorreaba. Las marcas de orín en el pecho daban la impresión de que estuviera cubierto de manchas de sangre. Por fin, Marwán se puso en pie y bajó la escalerilla de hierro casi sin fuerzas. Tenía los ojos enrojecidos y el pecho cubierto de orín. Se tumbó despacio junto a la rueda y colocó la cabeza encima del muslo de Abu Kais. Después de unos instantes lo siguió As’ad y al poco rato

Abuljaizarán. Los dos se sentaron con las piernas plegadas y la cabeza en las rodillas. Al cabo de uno segundos Abuljaizarán rompió e silencio:

-Qué, ¿fue tan terrible?

Nadie respondió. Recorrió con la mirada los rostros que tenía enfrente. Le pareció como si estuvieran momificados. Si no fuera por el pecho de Marwán que se agitaba levemente y por el silbido de Abu Kais al respirar, hubiera creído que estaban muertos.

-Les dije que siete minutos y ni siquiera llegó a seis.

As'ad lo miró impávido, mientras Marwán, con los ojos muy abiertos, tenía la vista perdida en el vacío y Abu Kais había vuelto hacia otro lado.

-¡Se los juro por mi honor! ¡Seis minutos! Mira tu reloj, As'ad. Fueron seis minutos justos. ¡Vamos mira! ¿Por qué no quieres mirar? Se los dije desde el principio y ahora creen que les mentí. Aquí tienes el reloj. ¡Anda! ¡Míralo!... ¡Míralo

Marwán se volvió boca abajo, se apoyó en los codos, levantó un poco la cabeza hacía atrás y dirigió la mirada hacia Abuljaizarán. Sintió que la vista se le nublaba y no acertaba a verlo con claridad.

-¿Has probado alguna vez sentarte ahí dentro seis minutos?

-Pero yo se los había dicho...

-Para empezar no fueron seis minutos.

¿Por qué no miras tu reloj? ¿Por qué? Ahí lo tienes en la muñeca, ¡vamos, míralo!... ¡Míralo!... Y quítame de encima esos ojos de loco.

Abu Kais intervino conciliador:

-Fueron seis minutos. Estuve contando todo el tiempo, de uno a sesenta, un minuto, así hasta seis veces y la última vez conté muy despacio...

Hablaba con voz lenta y apagada. As'ad preguntó:

-¿Qué te pasa, Abu Kais? ¿Estás enfermo?

-¿Yo? ¡Qué va! Aspiro mi ración de aire.

Abuljaizarán se puso en pie y se sacudió la arena del pantalón. Después se puso en jarras y paseó la mirada de uno a otro.

-¡Vamos! No perdamos más tiempo, dentro de poco les espera otro baño turco.

Abu Kais se levantó y se dirigió hacia la cabina, mientras As'ad trepaba por la escalerilla de hierro. Marwán permanecía sentado a la sombra Abuljaizarán se acercó a él:

-¿No quieres levantarte?

-¿Por qué no descansamos un poco más?

As'ad gritó desde arriba:

-Ya descansaremos cuando lleguemos... ¡Vamos!

Abuljaizarán rió con voz sonora dándole una palmada en el hombro:

-Ven a sentarte junto a Abu Kais. Eres delgado y no nos molestarás

demasiado. Pareces tan cansado...

Marwán subió a la cabina y se sentó junto a Abu Kais. Antes de cerrar la portezuela, Abuljaizarán grito a As'ad:

-¡Ponte la camisa si no te vas a achicharrar con el sol!

Marwán se dirigió a Abuljaizarán con débil voz:

-Dile que deja abierta la puerta del horno, puede que así se refresque algo.

Abuljaizarán agregó con tono festivo:

-¡Y deja abierta la tapa de la cisterna!

Roncó el motor y el camión arrancó mientras levantaba remolinos de polvo del desierto que se desvanecían en el aire tórrido.

SOL Y TINIEBLAS

Aquel pequeño cosmos se abría camino a través del desierto como una gota de aceite sobre una plancha de cinc al rojo vivo. El sol, muy alto, era un disco incandescente. Ninguno de ellos se preocupaba ya de enjugarse el sudor. As'ad se había cubierto la cabeza con la camisa y, en cuclillas, se dejaba achicharrar al sol. Marwán, con los ojos entornados, había apoyado la cabeza en el hombro de Abu Kais que, con los labios apretados bajo los espesos bigotes grises, escudriñaba el camino. Ninguno tenía ya ánimos para hablar. No sólo porque el esfuerzo que acababan de hacer los había extenuado, sino porque cada uno iba ensimismado en sus pensamientos. Aquel camión que hendía el camino, los transportaba con sus familias, sus sueños, sus ambiciones, sus esperanzas, su fuerza, su miseria, sus desesperanzas, su pasado y su futuro, como un ariete que arremetiera contra una puerta de gigante tras la que se ocultara un destino desconocido y en la que todos los ojos estuvieran prendidos con hilos invisibles.

Ahora podremos hacer que Kais estudie y comprarnos uno o dos pies de olivo. Quizás podamos también construir una casita donde vivir que sea nuestra. Ya soy viejo, así que no sé si lo conseguiré o no... ¿Pero tú crees que vale mucho más la pena vivir así que morir? ¿Por qué no pruebas y haces como nosotros? ¿Por qué no te levantas de ese almohadón y te lanzas por esos mundos de Dios a ganar el pan? ¿Vas a comer toda la vida la ración que te dan de alimento y a rebajarte ante esos funcionarios¹³ por un solo kilo de harina?.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba sin cesar.

Shafika era una mujer buena... Era casi una niña cuando aquel obús de mortero le arrancó la pierna que los médicos le amputaron desde más arriba del muslo. Su madre no quería que nadie hablara mal de su padre... Zacarías se había ido allá, a Kuwait... Aprenderás muchas cosas. Llegarás a saber muchas cosas. Eres todavía un muchacho que no sabe de la vida más que un niño de pecho. En la escuela no se aprende nada más que a ser perezoso, así que déjala y “échate al agua” como antes hicieron otros.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor hacía un ruido infernal.

¿Era una mina lo que había pisado mientras corría? ¿O una granada que le había lanzado alguien escondido tras una trinchera? Pero, ¡qué importaba todo

¹³ Se refiere a los funcionarios del UNRWA (ver nota 1 del prólogo)

eso ahora! Estaba allí con las piernas colgadas hacia arriba y sus hombros reposaban en una cama blanca. Y aquel dolor atroz que se le clavaba entre los muslos... Y aquella mujer que ayudaba a los médicos... Cada vez que se acordaba de ella su rostro enrojecido de vergüenza... Di, ¿qué te trajo su patriotismo? Una vida de vagabundo, ¡Eres incapaz de acostarte con una mujer! ¡Eso fue todo lo que ganaste! No quiero volver a saber nada de nada... ¡Qué con su pan se lo coman! Lo único que quiero ahora es dinero... dinero.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba sin cesar.

El policía lo llevó a empujones ante el comandante. Así que te crees un héroe, ¿eh? ¡Y a hombros de esa pandilla de imbéciles te manifiestas en la calle! Le escupió en la cara, pero él no se inmutó. El escupitajo, viscoso, repugnante, se deslizó lentamente por su frente y se detuvo en la punta de la nariz. ¡Llévenselo! En el pasillo, oyó como el policía que lo llevaba agarrado del brazo susurraba con una voz apenas audible: “¡Maldita sea tener que llevar este uniforme...!” Después cuando el policía lo soltó, echó a correr. Así que su tío lo que pretendía era casarlo con su hija y, para ello, quería que empezara a abrirse camino... claro, si no fuera por eso, ¿por cuánto en su vida hubiera soltado aquellos cincuenta dinares?.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba como un monstruo gigantesco que, con sus fauces inmensas, fuera engullendo el camino.

El sol estaba en el cenit y dibujaba, en el cielo del desierto, una blanca cúpula de fuego. La estela de polvo reverberaba bajo aquella luz intensa y deslumbraba la vista... Contaba que fulano no había vuelto de Kuwait. Había muerto allí de una insolación. Cavaba la tierra con la azada cuando cayó desplomado al suelo. ¿Y qué? Lo había matado una insolación... Que lo entierren aquí o allí... Eso fue todo, una insolación. ¿No era genial el que había inventado aquella expresión¹⁴? Como si de aquella inmensidad surgiera un gigante misterioso que azotara sus cabezas con un látigo de fuego y alquitrán ardiendo. Pero ¿cómo iba el sol a matarlos así y a matar todo el ímpetu que encerraban sus pechos? Atormentados por la misma obsesión y como si se hubieran trasmitido los pensamientos, sus miradas se encontraron. Abuljaizarán miró primero a Marwán, luego a Abu Kais y sorprendió su mirada posada en él. Trató de sonreír, sin conseguirlo. Después de enjugarse el sudor con la manga dijo con voz casi inaudible:

-Aquí tienes el infierno de que tanto oíste hablar.

¹⁴ Lo mismo que en inglés *sunstroke* o en francés *coup de soleil*, en árabe, insolación se dice *darbat ash-shams*, literalmente: “golpe de sol”

-¿El infierno de Dios?

-Sí, ése.

Abuljaizarán extendió la mano y apagó el motor. Después bajó del camión seguido de Marwán y de Abu Kais. As'ad seguía echado arriba. Abuljaizarán se sentó a la sombra del camión y encendió un cigarrillo. Luego, con voz apagada, dijo:

-Vamos a descansar un rato antes de volver a repetir la función.

Abu Kais:

-¿Por qué no salimos ayer por la tarde? Con el frío que hace de noche nos hubiéramos ahorrado toda esta fatiga.

Abuljaizarán contestó sin levantar la vista del suelo:

-De noche el camino entre Safwan y Mitla está lleno de patrullas... En cambio, de día, con una canícula como ésta, ninguna patrulla se aventuraría a salir...

Marwán intervino:

-Si a ti no te registran el camión, ¿por qué no nos quedamos fuera de esa prisión horrible?

Abuljaizarán contestó tajante:

-No seas estúpido. ¿Hasta ese punto tienes miedo de quedarte cinco o seis minutos dentro? Ya hicimos más de la mitad del camino y lo que nos queda ahora es lo más fácil.

Se levantó y fue en busca de la cantimplora que colgaba de la portezuela.

-Cuando llegemos los invitaré a una comilona estupenda. Mataré dos pollos.

Empino la cantimplora y empezó a beber, el agua le goteaba por entre las comisuras de los labios hasta empaparle la barbilla y luego la camisa. Cuando sació la sed, se vació lo que quedaba por la cabeza y dejó que el agua le corriera por el cuello y el pecho. El aspecto que tenía así era de lo más extraño. Volvió a colgar la cantimplora de la portezuela, sacudió las manazas y exclamó:

-¡Vamos, ya conocen el tinglado de memoria! ¿Qué hora es? Las once y media. Cuenten, pues. Siete minutos a todo lo más y les abro la tapa. Recuérdelo bien, ¿eh? Ahora son las once y media.

Marwán miró el reloj y movió la cabeza. Quería decir algo, pero se sintió incapaz. Avanzó hacia la escalerilla de hierro y empezó a trepar. As'ad plegó la camisa y después desapareció en la trampa. Marwán titubeó un instante y al fin se decidió a seguirlo, apoyó el vientre en el borde del orificio y se dejó caer poco a poco, con maña, sin poder evitar una expresión de espanto en la mirada. Abu Kais fue el último en bajar. De pie ante Abuljaizarán, movió la cabeza y musitó.

-¿Siete minutos?

Abuljaizarán le dio una palmada en el hombro y lo miró a los ojos. Estaban los dos uno frente al otro, chorreaban sudor y eran incapaces de pronunciar una palabra.

Abu Kais subió la escalerilla con decisión y después metió las piernas por el orificio. Marwán y As'ad desde adentro, lo ayudaron a bajar. Abuljaizarán cerró la tapa y después de dar dos vueltas a la manecilla saltó al suelo y, como un meteoro, se encaramó en su asiento. Un minuto y medio más tarde, el camión penetraba en el espacio rodeado de alambras del puesto de Mitla, y se detenía ante la gran escalera del edificio de un solo piso. A ambos lados de la escalera se alineaban pequeños despachos con las ventanas cerradas. No había ni un alma. Uno o dos automóviles estaban estacionados en un extremo de la plaza. Enfrente, había algunas carretas de vendedores ambulantes. Reinaba un silencio total que sólo rompía el zumbido sordo de los ventiladores de aire acondicionado empotrados en las ventanas. Junto a la gran escalera, un soldado permanecía de pie en su garita de madera.

Abuljaizarán subió la escalera como una exhalación y se dirigió hacia el tercer despacho a la derecha. Nada más abrir la puerta y entrar, sintió de inmediato, por las miradas que le dirigieron los empleados de la aduana, que algo iba a pasar. Sin inmutarse, depositó los papeles ante el funcionario gordo sentado al fondo del despacho.

-¡Ah, Abuljaizarán!

Con una indiferencia estudiada, apartó a un lado los papeles que tenía ante sí y cruzo los brazos de la mesa metálica.

-¿Dónde estuviste todo este tiempo?

-En Basora.

-El Hay Rida preguntó por ti por lo menos seis veces.

-El camión estaba roto.

Los tres funcionarios que ocupaban el despacho soltaron grandes risotadas. Abuljaizarán, perplejo, miraba en torno suyo sin comprender. Por fin, se dirigió al gordo:

-¿Qué es lo que les hacer reír tanto esta mañana?

Cambiaron miraditas entre los tres y volvieron a estallar en carcajadas. Abuljaizarán, nervioso, cambiaba de un pie a otro.

-No, ahora no, Abu Bark, te lo ruego. No tengo tiempo para bromear.

Alargó la mano y volvió a colocarle delante los papeles, pero Abu Bakr los apartó de nuevo al otro extremo de la mesa, se cruzó de brazos y soltó una risita maliciosa.

-¿Así que tenías el camión roto, eh?

-Sí, pero te lo ruego, ahora tengo prisa.

Los tres hombres cambiaron entre sí sonrisas de complicidad. En la

mesa de no de ellos no había más que un pequeño vaso de té, mientras que el otro había dejado su trabajo para seguir con atención lo que pasaba. El gordo, a quien llamaban Abu Bakr, dijo después de soltar un eructo:

-Pero bueno, Abuljaizarán, sé razonable, ¿Por qué tienes esa prisa por irte con el calor que hace? Aquí está fresco, voy a decir que te traigan un vaso de té. Acomódate a gusto.

Abuljaizarán agarró los papeles, y tomando la pluma que Abu Bakr tenía ante sí, dio la vuelta a la mesa hasta llegar a su lado. Después de ponerle la pluma en la mano, lo empujó por el hombro para que alargara el brazo.

-La próxima vez que pase por aquí me quedaré una hora. Te lo prometo. Pero ahora, deja que me vaya. ¡Por el amor de Dios y el de tu madre! ¡Toma, firma!

Pero Abu Bakr se negaba a tender la mano y lo seguía mirando fijamente, con expresión estúpida.

-¡Vaya granuja que estás hecho, Abuljaizarán! ¿Por qué no te acordaste de andar más ligero cuando estaban en Basora, eh?

-Ya te dije que tenía el camión en el garaje.

Volvió a tenderle la pluma pero Abu Bakr no movió un dedo.

-No mientas, Abuljaizarán... no nos vengas con cuentos. El Hay Rida ya nos contó toda la historia de cabo a rabo.

-¿Qué historia?

Se miraron unos a otros. El rostro de Abuljaizarán palideció de miedo. La pluma le temblaba en la mano.

-La historia de esa bailarina. ¿Cómo se llama, Alí?

Sentado tras la mesa vacía, Alí contestó:

-Kawkab.

Abu Bark descargó un puñetazo sobre la mesa y su sonrisa se hizo más amplia.

-¡Kawkab! Eso es, ¡Kawkab! Abuljaizarán, eres un pillo. ¿Por qué no nos cuentas tus aventuras en Basora? Delante de nosotros haces el papel de hombre de modales finos y después en Basora te entregas a todos los placeres con una bailarina... Kawkab, sí, eso ¡Kawkab!

Aunque trataba de no sobrepasar los límites de la broma, Abuljaizarán no pudo evitar alzar el tono de voz:

-¿Kawkab? ¡Qué Kawkab ni qué diablos! Déjame que me vaya antes de que al Hay Rida me eche.

-¡Nada de eso! Cuéntanos algo de esa bailarina. El Hay Rida está enterado de tu historia y nos la ha contado... Así que venga.

-Si el Hay Rida ya se los dijo todo, ¿para qué quieren que se los cuente yo otra vez?

Abu Bark se puso en pie resoplando con un toro:

-Así que entonces es verdad... ¡La historia ésa es verdad!

Dio la vuelta a la mesa y avanzó hasta llegar al medio de la habitación. Aquella historia de sexo lo había excitado. Había pensado en ella noche y día, despertando en él toda la lujuria que lo atormentaba después de una larga abstinencia carnal. La idea de que un amigo se hubiera acostado con una puta, lo excitaba y avivaba en él todas sus obsesiones.

-Así que te vas a Basora pretendiendo que el camión está averiado y después te pasas con Kawkab las noches más felices de tu vida. ¡Ay, Abuljaizarán! ¡Mira que eres sinvergüenza! Dinos como hace el amor. El Hay Rida dice que está tan enamorada, que se gasta todo el dinero en ti y que hasta te firmó cheques. ¡Ay, Abuljaizarán! ¡Menudo sinvergüenza estás hecho!

Se acercó a él con el rostro congestionado. Era evidente que había gozado pensando en la historia, desde que el Hay Rida se la había contado por teléfono. Con voz ronca le susurró al oído:

-Oye, ¿eres tú tan potente o es que allí no hay hombres?.

Abuljaizarán rió histérico y tendió los papeles a Abu Bakr que, presa a su vez de una risa convulsa, tomó la pluma y firmó sin prestar demasiado atención a lo que hacía. No obstante, cuando Abuljaizarán extendió la mano para agarrar los papeles los escondió detrás de la espalda y lo apartó con el otro brazo.

-La próxima vez iré contigo a Basora, ¿de acuerdo? Preséntame a esa Kawkab. El Hay Rida dice que es una beldad.

Abuljaizarán, temblando, alargó de nuevo el brazo tratando de agarrar los papeles.

-De acuerdo.

-¿Lo juras?

-Por mi honor...

Abu Bakr volvió a estallar en carcajadas convulsas, movió la cabeza y volvió a su asiento. Abuljaizarán se precipitó fuera del despacho con los papeles en la mano. La voz de Abu Bakr lo perseguía, implacable:

-¡Menudo sinvergüenza ese Abuljaizarán! Nos ha estado engañando desde hace más de dos años y hoy lo descubrimos todo.

Pero, ¡qué granuja!

Abuljaizarán irrumpió en el otro despacho. Echó una ojeada al reloj: eran doce menos cuarto. En menor de un minuto los demás papeles estaban firmados. Salió y cerró tras de sí con un portazo. Volvió a sentirse inmerso en un vaho de calor. No importaba. Saltó los tramos de la escalera de cuatro en cuatro. Cuando llegó ante el camión se paró un instante a observar la cisterna pensando que aquella chatarra iba a derretirse bajo el sol infernal. Al primer contacto arrancó el motor. Se escabulló tras la portezuela sin hacer ni siquiera

un gesto de despedida al centinela. Ahora la carretera estaba asfaltada y dentro de un minuto o un minuto y medio llegaría a la primera curva. Detrás, ya no se le vería desde el puesto de Mitla. Un camión se cruzó con el suyo. Disminuyó un poco la velocidad. Después, volvió a acelerar a fondo tomando la curva en un amplio viraje hasta casi tocar el contén arenoso. Los neumáticos chirriaron con un sonido prolongado como un quejido. Sentía la cabeza vacía. Sólo miedo. Pensó que estaba a punto de desmayarse. Las manos callosas le quemaban sobre el volante, que parecía puro fuego, pero seguían agarradas a él sin aligerar la presión. El asiento ardía y el parabrisas, cubierto de polvo, reverberaba bajo los rayos del sol. Parecía como si las ruedas desollaran el asfalto y producían un violento chirrido. ¿Por qué tenías que ponerte a filosofar, Abu Bakr? ¿Por qué tenías que arrojarnos a la cara todas tus marranadas? ¡Que la maldición de Dios, todopoderoso, que la maldición de Dios, que no existe en ningún sitio, caiga sobre ti, Abu Bakr, y sobre ti, Hay Rida, mentiroso! ¿Una bailarina? ¿Kawkab? ¡Vayan todos al diablo!

Paró el camión violentamente, colocó el pie sobre la rueda y trepó al techo de la cisterna. Al posar las manos sobre la superficie de hierro sintió que se le quemaban. Imposible tocar aquel horno. Tuvo que levantarlas. Se apoyó en los codos y se arrastró por el techo de la cisterna hasta llegar a la trampa. Con las mangas de su camisa azul agarró la manecilla, la hizo girar y levanto la tapa de hierro oxidada. Miró el reloj. Eran las doce menos nueve minutos.

El vacío. El agujero permanecía sumido en el silencio. Abuljaizarán estaba convulso, le temblaba el labio inferior, resollaba de temor. Las gotas de sudor que le caían de la frente se evaporaban de inmediato sobre la chapa ardiendo. Agachado, con las manos en las rodillas, metió la cabeza por el agujero negro y gritó con voz rota:

-¡As'ad!

La voz resonó dentro de la cisterna hasta traspasarle los oídos. Antes de que se desvaneciera el eco, gritó por segunda vez:

-¡Eh!

Apoyó las manos en el borde de la trampa y ayudado por los codos se deslizó hasta tocar el fondo. Dentro, la oscuridad era total. No veía absolutamente nada. Sólo cuando se apartó un poco del orificio, un disco de luz penetró hasta el fondo e iluminó un pecho cubierto de espesos pelo grises que despedían reflejos con una placa de estaño. Se agachó y pegó el oído sobre aquellos pelos empapados. El cuerpo estaba rígido e inerte. Extendió la mano y, a tientas, avanzó hacia otro rincón de la cisterna. Allí otro cuerpo seguía aún agarrado a la armazón de hierro. Buscó a tientas la cabeza, pero sólo consiguió palparle los hombros mojados hasta que sus manos descubrieron por fin la cabeza inerte sobre el pecho. Cuando le palpó el rostro, sus dedos rozaron la boca que colgaba, completamente abierta. Abuljaizarán sintió que

estaba apunto de asfixiarse. Chorrea sudor por todos los poros. Tenía el cuerpo empapado, pegajoso, como si estuviera untado de aceite. ¿Temblaba a causa del sudor? ¿O era el miedo?. Volvió a abrirse camino a tientas hasta llegar al agujero. Cuando asomó la cabeza fuera, sin saber por qué le vino a la mente la imagen del rostro de Marwán. Sintió que aquel rostro llenaba todo su ser como una imagen fluctuante proyectada en una pared. Movi6 la cabeza con violencia, como para desecharla. De nuevo el sol implacable. Se detuvo un instante a respirar un poco de aire. Imposible apartar aquella imagen de su mente. El rostro de Marwán lo perseguía como un torrente desbordado. Volvió a su asiento, Abu Kais... Su camisa seguía allí tirada en el asiento de al lado. La agarró y la echó por la ventanilla.

Puso en marcha el motor y empez6 a bajar la cuesta despacio. Volvió la cabeza y miró hacia atrás: a través de la ventanilla posterior veía la tapa de la cisterna abierta sobre los goznes enmohecidos. Después la tapa se esfumó tras las gotas de agua salada que le inundaban los ojos. La cabeza le dolía hasta estallarle. Se sentía mareado. Aquellas gotas saladas, ¿eran lágrimas o era el sudor que le manaba de la frente?.

LA SEPULTURA

Al caer la noche, Abuljaizarán condujo al camión fuera de la ciudad dormida. A lo largo de la carretera brillaban, vacilantes, los faros del camión. Sabía que aquellos postes que desfilaban a uno y a otro lado, terminarían pronto, un poco más allá de la ciudad. No tardaría mucho en verse envuelto en la oscuridad más total. En una noche sin luna y los bordes del desierto aparecían silenciosos como la muerte. Se apartó de la carretera asfaltada y se adentró en el desierto. A mediodía, había decidido que cavaría tres tumbas y los enterraría uno a uno. Pero ahora se sentía agotado, con los brazos como anestesiados. Si no tenía ni fuerzas para sostener la pala, menos iba a tenerlas para cavar durante horas los tres hoyos. Al salir del garaje de Hay Rida se había dicho, en su fuero interno, que no los enterraría. Dejaría los cuerpos abandonados en el desierto y volvería a casa. Pero la idea no le agradaba. Le disgustaba pensar que los cuerpos de sus compañeros se consumieran en el desierto y fueran devorados por los buitres o las hienas. Y que después de unos días no quedaría de ellos más que unos esqueletos blanquecinos sobre la arena.

El camión avanzaba por el camino arenoso con un leve crujido. Seguía pensando. No, no se podía decir que aquello fuera exactamente pensar. Eran una serie de imágenes que desfilaban por su cabeza sin orden ni concierto. El cansancio. Como columnas de hormigas en los huesos. Hasta él llegaron emanaciones de un olor a putrefacción. Era el vertedero municipal. Pensó: “¿Y si los echara aquí? Los descubrirán mañana por la mañana y los enterrarán a expensas del Estado.” Giró el volante y avanzó despacio por el mismo rastro que había dejado antes sobre la arena las ruedas de otros vehículos. Después apagó las luces de carretera y dejó encendidas las de población. Cuando llegó junto a la montaña de basura, apagó todos los faros. El olor a podrido impregnaba la atmósfera a su alrededor... Terminó por acostumbrarse. Paró el motor y salió de la cabina.

Permaneció un momento de pie junto al camión, aguzó el oído para asegurarse de que nadie lo había visto y después trepó a la cisterna. Estaba fría, cubierta de gotas de rocío. Dio varias vueltas a la cerradura enmohecida y después levantó la tapa que chirrió, quejumbrosa. Se apoyó en los codos y se deslizó en el interior con agilidad... El primer cuerpo estaba helado, rígido. Lo alzó sobre los hombros. Primero la cabeza a través del agujero, después empujó todo el cuerpo hacia fuera por los pies. Oyó el ruido que producía al rodar hacia el borde de la cisterna y después el choque amortiguado al caer pesadamente sobre la arena. Tuvo alguna dificultad con el otro para soltarle las manos agarradas a la barra de hierro. Lo alzó sobre sus hombros y lo empujó por los pies hacia arriba. De nuevo el mismo ruido apagado del cuerpo al caer sobre la arena. Sacar el último cuerpo le fue más fácil.

Saltó al exterior, cerró la trampa despacio y después bajó la escalerilla. La noche era de una oscuridad total. Mejor, así se evitaría verles los rostros. Arrastró los cuerpos uno a uno por los pies hasta el final del camino donde los camiones municipales solían pararse a verter la basura. El primer chofer que llegara por la mañana temprano tendría que verlos.

Volvió a subir el camión y puso en marcha el motor. Avanzaba despacio en marcha atrás y trataba de confundir el rastro de las ruedas con las de otros camiones. Decidió continuar así hasta llegar a la carretera principal. No quería dejar ni una huella de su paso. De pronto se paró de golpe. Apagó el motor y volvió a pie sobre sus pasos hasta donde había dejado los cadáveres. Les sacó de los bolsillos todo el dinero que llevaban, quitó a Marwán el reloj, y volvió hacia el camión con pasos sigilosos sobre las puntas de los pies.

Cuando llegó a la portezuela de la cabina y se disponía a pisar el estribo, una idea le pasó de pronto por la cabeza y lo dejó como paralizado, incapaz de hacer el menor movimiento ni de pronunciar una palabra. Quiso gritar. Pero no, aquello sería absurdo. Trató de completar el movimiento que había iniciado y subir hasta la cabina, pero sintió que no tenía fuerzas para ello. La cabeza le zumbaba de cansancio, parecía que iba a estallarle. La agarró entre las manos y empezó a mesarse los cabellos como para apartar aquella idea de su mente. En vano. La idea enorme, inmensa seguía allí firme, fija, obsesionante. Volvió la vista hacia donde había arrojado los tres cadáveres. Aquella mirada sólo sirvió para avivar, aún con más vigor, la idea que lo atormentaba. Ya no podía guardarla por más tiempo dentro sí y al fin fluyó de su cabeza hasta infundirle movimiento a su lengua paralizada. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y con los ojos desorbitados, fijos en la oscuridad de la noche, gritó:

-¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna?

De pronto, giró sobre sí mismo como si fuera a caer al suelo. Ya en el camión, con la cabeza inclinada sobre el volante, volvió a gritar:

-¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamaron? ¿Por qué?

Y toda la inmensidad del desierto repelía como un eco:

-¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamaron? ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...